

resistencia e integración

el peronismo y la clase trabajadora argentina
1946-1976

daniel james

PRIMERA PARTE:
Los antecedentes

1. El peronismo y la clase trabajadora, 1943-55

-Hablen tranquilos. ¿Cuál es el problema? Hablá vos, Tedesco. El coronel lo va a entender mejor.

-Bueno...

-¿Usted es Tedesco? Hijo de italianos, ¿no?

-Sí, coronel.

-Ya me parecía. ¿Qué pasa, Tedesco?

-Muy sencillo, coronel: mucho laburo y poca guita.

-Eso está claro. ¿Dónde?

-Trabajamos de noche en... Nos pagan 3 pesos con treinta cada noche.

-¡Qué barbaridad! Enseguida lo arreglaremos. Haré llamar a los dueños de la fábrica para que se haga un convenio de parte con ustedes. ¿Cuánto quieren ganar?

Nos tiramos a 3 pesos con 33 centavos pero lo justo sería 3,50 por noche.

-Todo va a andar bien. No puede ser que todavía se explote así a los trabajadores.

-Gracias, coronel.

-Tedesco, usted quédese. Los demás pueden irse y tengan confianza.

Mariano Tedesco, fundador de la
Asociación Obrera Textil.

Bueno, mirá, lo digo de una vez. Yo, yo no lo inventé a Perón. Te lo digo de una vez así termino con esta patriada de buena voluntad que estoy llevando a cabo en un afán mío de liberarte de tanto macaneo. La verdad: yo no lo inventé a Perón ni a Eva Perón, la milagrosa. Ellos nacieron como

una reacción a tus malos gobiernos. Yo no lo inventé a Perón ni a Evita Perón ni a su doctrina. Nos trajo, en su defensa, un pueblo a quien vos y los tuyos habian enterrado en un largo camino de miseria. Nacieron de vos, por vos y para vos.

Enrique Santos Discépolo

EL TRABAJO ORGANIZADO Y EL ESTADO PERONISTA

Bajo la guía de sucesivos gobiernos conservadores, la economía argentina respondió a la recesión mundial de la década 1930-40 mediante la producción local de un creciente número de bienes manufacturados que antes se importaban.¹ A la vez que en general mantuvo adecuados niveles de renta para el sector rural y garantizó los privilegiados nexos económicos de la élite tradicional con Gran Bretaña, el Estado argentino estimuló esa sustitución de importaciones mediante una juiciosa política de protección arancelaria, controles cambiarios y provisión de crédito industrial.² Entre 1930-35 y 1945-49 la producción industrial creció hasta más que duplicarse; las importaciones, a las que en 1925-30 correspondía casi una cuarta parte del Producto bruto argentino, se redujeron aproximadamente al 6 por ciento en el quinquenio 1940-44. De importar alrededor del 35 por ciento de su maquinaria y equipo industrial en el primer período, la Argentina pasó a importar sólo el 9,9 por ciento en el segundo.³ Además, durante la Segunda Guerra Mundial se asistió a un considerable aumento del crecimiento industrial argentino, encabezado por las exportaciones, a medida que bienes manufacturados en la Argentina penetraron en mercados extranjeros.⁴ Al promediar la década 1940-50 la Argentina tenía una economía cada vez más industrializada: mientras el tradicional sector agrario seguía constituyendo la principal fuente de divisas, el centro dinámico de acumulación de capital se hallaba ahora en la manufactura.

En la estructura social se operaron cambios que reflejaban esa evolución económica. El número de establecimientos industriales aumentó de 38.456 en 1935 a 86.440 en 1946, a la vez que el número de los trabajadores de ese sector pasaba de 435.816 a 1.056.673 en 1946.⁵ También se modificó la composición interna de esa fuerza laboral. Sus nuevos integrantes provenían ahora de las provincias del interior antes que de la inmigración extranjera, sumamente reducida desde 1930. Se

desplazaban atraídos por los centros urbanos, en expansión, de la zona litoral, y en especial por el Gran Buenos Aires, área periférica de la Capital Federal. Hacia 1947, alrededor de 1.368.000 migrantes del interior habían llegado a Buenos Aires atraídos por el rápido crecimiento industrial.⁶ En Avellaneda, centro suburbano esencialmente industrial separado de la Capital por el Riachuelo, sobre 518.312 habitantes que había en 1947 más de 173.000 habían nacido fuera de la Capital o de la provincia de Buenos Aires.⁷

Si bien la economía industrial se expandió rápidamente, la clase trabajadora no fue beneficiada por ese proceso. Los salarios reales en general declinaron al rezagarse detrás de la inflación. Frente a la represión concertada por los empleadores y el Estado, los obreros poco podían hacer para mejorar los salarios y las condiciones de trabajo. La legislación laboral y social era escasa y su cumplimiento obligatorio se imponía sólo esporádicamente. Fuera de los lugares de trabajo la situación no era mucho mejor, pues las familias obreras debían enfrentar, sin ayuda del Estado, los problemas sociales de la rápida urbanización. Una encuesta efectuada en 1937 reveló, por ejemplo, que el 60 por ciento de las familias de clase obrera de la Capital vivían en un cuarto cada una.⁸

El movimiento laboral existente en el tiempo del golpe militar de 1943 estaba dividido y era débil. Había en la Argentina cuatro centrales gremiales: la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), anarquista, hoy apenas un puñado de militantes del anarquismo; la Unión Sindical Argentina (USA), sindicalista, también de escasa influencia, y además estaba la Confederación General del Trabajo (CGT), dividida en la CGT N° 1 y la CGT N° 2.⁹ El influjo de este fragmentado movimiento laboral sobre la clase trabajadora era limitado. En 1943 se encontraba organizado tal vez alrededor del 20 por ciento de la fuerza laboral urbana, con mayoría, en ese porcentaje, del sector terciario. La gran mayoría del proletariado industrial estaba al margen de toda organización sindical efectiva. El grupo más dinámico que intentó organizarse en campos no tradicionales fueron los comunistas, que alcanzaron cierto éxito entre los obreros de la construcción y la alimentación y los madereros. Pero áreas vitales de la expansión industrial en las décadas 1930-40 y siguiente —los textiles y los metalúrgicos— aún eran virtualmente, en 1943, *terra incognita* para la organización sindical. De los 447.212 afiliados sindicales que había en 1941, el sector del transporte y los servicios representaba bastante más que el 50 por ciento, y la industria sólo aportaba 144.922 afiliados.¹⁰

Perón, desde su posición como secretario de Trabajo y después vicepresidente del gobierno militar instaurado en 1943, se consagró a atender algunas de las preocupaciones fundamentales de la emergente fuerza laboral industrial.¹¹ Al mismo tiempo, se dedicó a socavar la influencia de las fuerzas de izquierda que competían con él en la esfera sindical. Su política social y laboral creó simpatías por él tanto entre los trabajadores agremiados como entre los ajenos a toda organización. Además, sectores decisivos de la jefatura sindical llegaron a ver sus propios futuros en la organización ligados a la supervivencia política de Perón en momentos en que las fuerzas políticas tradicionales, tanto de izquierda como de derecha, atacaban su figura y sus políticas en el curso de 1945. El creciente apoyo obrero a Perón provocado por esas circunstancias cristalizó por primera vez el 17 de octubre de 1945, fecha en que una manifestación popular logró sacar a Perón del confinamiento y lo puso en el camino a la victoria que conquistó en las elecciones presidenciales de febrero de 1946.¹²

Aunque en el período 1943-46 hubo muchas mejoras específicas de las condiciones laborales y la legislación social, la década de gobierno peronista 1946/55 tuvo un efecto mucho más profundo aún sobre la posición de la clase trabajadora en la sociedad argentina. Ante todo, durante ese lapso se asistió a un considerable aumento de la capacidad de organización y el peso social de la clase trabajadora. Combinándose, la simpatía del Estado por el fortalecimiento de la organización sindical y el anhelo de la clase trabajadora de trasladar su victoria política a ventajas concretas determinaron una rápida extensión del sindicalismo. En 1948 la tasa de sindicalización había ascendido al 30,5 por ciento de la población asalariada, y en 1954 era del 42,5 por ciento. En la mayoría de las industrias manufactureras la tasa oscilaba entre el 50 y el 70 por ciento.¹³ Entre 1946 y 1951 el número total de afiliados sindicales aumentó de 520.000 a 2.334.000. Actividades manufactureras como la textil y la metalúrgica, donde antes de 1946 el sindicalismo era débil o nulo, para fines de la década tenían sindicatos cuyo número de afiliados se contaba por cientos de millares. Además, por primera vez se agremiaron grandes números de empleados públicos. Esta extensión de la agremiación en amplia escala fue acompañada por la implantación de un sistema global de negociaciones colectivas. Los convenios firmados en toda la industria argentina en el período 1946-48 regulaban las escalas de salarios y las especificaciones laborales e incluían además un conjunto de disposiciones sociales que

contemplaban la licencia por enfermedad, la licencia por maternidad y las vacaciones pagas.¹⁴

La estructura de organización impuesta a la expansión sindical fue importante en el sentido de que moldeó el futuro desarrollo del movimiento gremial. La sindicalización debía basarse en la unidad de actividad económica, antes que en el oficio o la empresa particular. Además, en cada sector de la actividad económica sólo se otorgó a un sindicato el reconocimiento oficial que lo facultaba para negociar con los empleadores de esa actividad. Los empleadores estaban obligados por ley a negociar con el sindicato reconocido, y los salarios y condiciones establecidos por esa negociación se aplicaban a todos los obreros de esa industria, con prescindencia de que estuvieran agremiados o no. Además se creó una estructura sindical específica centralizada, que abarcaba las ramas locales y ascendía, por intermedio de federaciones nacionales, hasta una única central, la Confederación Nacional del Trabajo (CGT). Finalmente, quedaba bien establecido el papel del Estado en la supervisión y articulación de esa estructura. El Ministerio de Trabajo era la autoridad estatal que otorgaba a un sindicato el reconocimiento que lo facultaba para negociar con los empleadores. El decreto 23.852, de octubre de 1945, conocido como Ley de Asociaciones Profesionales, que estableció ese sistema, estipulaba también el derecho del Estado a supervisar vastas áreas de la actividad sindical. En esta forma la estructura legal aseguraba a los sindicatos muchas ventajas: derechos de negociación, protección de los funcionarios sindicales contra la adopción de medidas punitivas que los afectaran, estructura sindical centralizada y unificada, deducción automática de los sueldos y salarios de las cuotas sindicales y aplicación de éstas a vastos planes de bienestar social. Pero al mismo tiempo otorgó al Estado las funciones de garante y supervisor final de este proceso y de los beneficios derivados de él.

Mientras la expansión en gran escala de la organización sindical aseguraba el reconocimiento de la clase trabajadora como fuerza social en la esfera de la producción, durante el período peronista también se asistió a la integración de esa fuerza social a una coalición política emergente, supervisada por el Estado. Desde el punto de vista de los trabajadores, la índole exacta de su incorporación política al régimen no se evidenció enseguida. Los contornos generales de esa integración política sólo se manifestaron durante la primera presidencia de Perón y fueron confirmados y desarrollados en el curso de la segunda. En el primer período, de 1946 a 1951, se operaron la

gradual subordinación del movimiento sindical al Estado y la eliminación de los líderes de la vieja guardia, de acción decisiva en la movilización de los sindicatos en apoyo de Perón en 1945 y quienes habían formado el Partido Laborista para que actuara como rama política de los trabajadores. Sus ideas de autonomía política y organizativa, así como el carácter condicional de su apoyo a Perón, no se armonizaban con las ambiciones políticas de éste. Y es preciso reconocer que tampoco su insistencia en el principio de autonomía sindical se correspondía con los conceptos que prevalecían entre afiliados sindicales cuyo número aumentaba rápidamente.¹⁵ Por añadidura, el peso de la intervención estatal y el apoyo político popular que recibía Perón de los trabajadores agremiados limitó inevitablemente las opciones abiertas a los líderes de la vieja guardia sindical. Cada vez más, los sindicatos se incorporaron a un monolítico movimiento peronista y fueron llamados a actuar como agentes del Estado ante la clase trabajadora, que organizaban el apoyo político a Perón y servían como conductos que llevaban las políticas del gobierno a los trabajadores.

A medida que, en la segunda presidencia, se perfiló más claramente el Estado justicialista, con sus pretensiones corporativistas de organizar y dirigir grandes esferas de la vida social, política y económica, se tornó evidente el papel oficialmente asignado al movimiento sindical: incorporar a la clase trabajadora a ese Estado. Los atractivos que ofrecía esa relación fueron grandes tanto para los dirigentes como para las bases. Se creó una vasta red de bienestar social, operada por el Ministerio de Trabajo y Previsión, la Fundación Eva Perón y los propios sindicatos. Los dirigentes gremiales ocupaban ahora bancas en el Congreso, eran habitualmente consultados por el gobierno acerca de una variedad de problemas nacionales e ingresaban en el cuerpo diplomático en carácter de agregados laborales.¹⁶ Además, las ventajas económicas concretas para la clase trabajadora resultaban claras e inmediatas. A medida que la industria argentina se expandía, impulsada por incentivos estatales y una situación económica internacional favorable, los trabajadores se sintieron beneficiados. Entre 1946 y 1949 los salarios reales de los trabajadores industriales aumentaron un 53 por ciento. Aunque esos salarios reales declinaron durante la crisis económica de los últimos años del régimen, la proporción de la renta nacional correspondiente a los obreros no se alteró. Entre 1946 y 1949 la parte de los salarios en la renta nacional subió del 40,1 por ciento al 49 por ciento.¹⁷

Si bien surgieron expresiones de oposición de la clase tra-

bajadora a ciertos aspectos de la política económica peronista, los términos de la integración política del sindicalismo al Estado peronista fueron muy poco cuestionados en sentido general. Ciertamente, un legado crucial que los sindicalistas recibieron de la era peronista consistió en la integración de la clase trabajadora a una comunidad política nacional y un correspondiente reconocimiento de su status cívico y político dentro de esa comunidad. Aparte de esto, la experiencia de esa década legó a la presencia de la clase trabajadora dentro de la comunidad un notable grado de cohesión política. La era peronista borró en gran medida las anteriores lealtades políticas que existían en las filas obreras e implantó otras nuevas. Los socialistas, comunistas y radicales, que antes de Perón habían competido por lograr el apoyo de la clase trabajadora, en 1955 se encontraban en gran medida marginados en lo que concierne a influencia. Para los socialistas y radicales, el peronismo había de seguir siendo un ultraje moral y cívico, una prueba del atraso y la carencia de virtudes cívicas de los trabajadores argentinos. Esa actitud había determinado su oposición al régimen militar de 1943-46, su apoyo a la Unión Democrática y su continua hostilidad a Perón durante la siguiente década.

El Partido Comunista intentó asumir una posición más flexible que la de sus aliados de otra hora. Poco después de la victoria electoral peronista, el PC dejó de caracterizar al peronismo como una forma de fascismo, disolvió su aparato sindical y ordenó a sus militantes incorporarse a la CGT y sus sindicatos a fin de trabajar con las descarriadas masas peronistas y conquistarlas.¹⁸ Pero tampoco el comunismo fue capaz de reponerse del error político que había sido apoyar a la Unión Democrática, coalición antiperonista, en las elecciones de 1946; ni fue capaz tampoco de ofrecer una alternativa creíble a las notorias ventajas que se derivaban de integrarse al Estado peronista. Si bien en el plano local algunos militantes comunistas fueron capaces de conservar su credibilidad y de dirigir algunas huelgas importantes, el PC nunca pudo desafiar la hegemonía política del peronismo en las filas sindicales. La importancia de ese legado de cohesión política se aprecia mejor si también tomamos en cuenta la relativa homogeneidad racial y étnica de la clase trabajadora argentina y su concentración en unos pocos centros urbanos, principalmente el Gran Buenos Aires. Sumados, estos factores contribuyeron a otorgar a la clase trabajadora argentina y su movimiento sindical un peso, sin paralelo en América Latina dentro de la comunidad nacional.

LOS TRABAJADORES Y LA ATRACCIÓN POLÍTICA DEL PERONISMO

La relación entre los trabajadores y sus organizaciones y el movimiento y el Estado peronistas resulta por lo tanto indudablemente vital para la comprensión del período 1943-55. La intimidad de esa relación ha sido tomada en general, por cierto, como definitiva del carácter excepcional del peronismo en el espectro de las experiencias populistas latinoamericanas. ¿Cómo debemos interpretar la base de esa relación y, además, el significado de la experiencia peronista para los trabajadores peronistas? Las respuestas a estas preguntas han rechazado cada vez más las anteriores explicaciones, que entendían el apoyo de los obreros a Perón en función de una división entre la vieja y la nueva clase trabajadora. Sociólogos como Gino Germani, izquierdistas que competían por las simpatías de la clase trabajadora, e incluso algunos peronistas, explicaron la adhesión popular al peronismo en términos de obreros migrantes sin experiencia que, incapaces de afirmar en su nuevo ámbito urbano una propia identidad social y política e insensibles a las instituciones y la ideología de la clase trabajadora tradicional, se encontraron "disponibles" para ser utilizados por sectores disidentes de la élite. Esos proletarios inmaduros fueron quienes, según esa explicación, se congregaron bajo la bandera peronista en el período 1943-46.¹⁹

En los estudios revisionistas, el apoyo de la clase trabajadora a Perón ha sido visto como el lógico compromiso de los obreros con un proyecto reformista dirigido por el Estado que les prometía ventajas materiales concretas.²⁰ Más recientes, esos estudios no han presentado la imagen de una masa pasiva manipulada sino la de actores, dotados de conciencia de clase, que procuraban encontrar un camino realista para la satisfacción de sus necesidades materiales. En consecuencia, dentro de este enfoque la adhesión política ha sido vista, al menos implícitamente, como reductible a un racionalismo social y económico básico. Ese instrumentalismo tenía al parecer el respaldo del sentido común. Casi todos los que interrogaban a un peronista sobre las causas de su apoyo a Perón recibían por respuesta el significativo gesto de palpase el bolsillo donde se lleva el dinero, que simbolizaba un pragmatismo de clase básico, atento a las necesidades de dinero y a su satisfacción. No hay duda de que el peronismo, desde el punto de vista de los trabajadores, fue en un sentido fundamental una respuesta a las dificultades económicas y la explotación de clase.

Sin embargo, era también algo más. Era también un movimiento representativo de un cambio decisivo en la conducta y las lealtades políticas de la clase trabajadora, que adquirió una visión política de la realidad diferente. Para comprender el significado de esa nueva filiación política necesitamos examinar cuidadosamente sus rasgos específicos y el discurso en el cual se expresó, en vez de considerar al peronismo como una inevitable expresión de insatisfacción social y económica. Gareth Stedman Jones, al comentar la renuencia de los historiadores de fenómenos sociales a tomar suficientemente en cuenta lo político, observó hace corto tiempo que "un movimiento político no es simplemente una manifestación de miseria y dolor; su existencia se caracteriza por una convicción, común a muchos, que articula una solución política de la miseria y un diagnóstico político de sus causas".²¹ Por lo tanto, si bien el peronismo representó una solución concreta de necesidades materiales experimentadas, todavía nos falta comprender por qué la solución adoptó la forma específica de peronismo y no una diferente. Otros movimientos políticos se habían preocupado por esas mismas necesidades y habían ofrecido soluciones. Incluso desde el punto de vista programático había muchas similitudes formales entre el peronismo y otras fuerzas políticas. Lo que necesitamos entender es el éxito del peronismo, sus cualidades distintivas, la razón por la cual su llamamiento político inspiró más confianza a los trabajadores; en suma, qué facetas tocó que otros no tocaron. Para ello necesitamos considerar seriamente el atractivo político e ideológico de Perón, así como examinar la indole de la retórica peronista y compararla con la de quienes le disputaban la adhesión de la clase trabajadora.

Los trabajadores como ciudadanos en la retórica política peronista

El atractivo político fundamental del peronismo reside en su capacidad para redefinir la noción de ciudadanía dentro de un contexto más amplio, esencialmente social. La cuestión de la ciudadanía en sí misma, y la del acceso a la plenitud de los derechos políticos, fue un aspecto poderoso del discurso peronista, donde formó parte de un lenguaje de protesta, de gran resonancia popular, frente a la exclusión política. Algo del poder de esos componentes del lenguaje político peronista se originó en que ya formaban parte del lenguaje tradicional de la política democrática, que demandaba igualdad de acceso a los

derechos políticos. Esa tradición ya se había encarnado principalmente en la Unión Cívica Radical y su líder Hipólito Yrigoyen. Antes de 1930, el Partido Radical había movilizado a las clases medias urbanas y rurales, así como a una porción no pequeña de las clases humildes urbanas, con una retórica donde prevalecían los símbolos de una lucha contra la oligarquía y con un lenguaje tradicional acerca de la ciudadanía y los derechos y obligaciones de carácter político.²² El peronismo era lo bastante ecléctico como para postular su derecho a elementos de ese legado yrigoyenista y apoderarse de ellos.²³

En parte, además, la fuerza de ese interés por los derechos políticos de la ciudadanía se originaba en la foja de escándalos de la "década infame" que siguió al derrocamiento de Yrigoyen por los militares en 1930.²⁴ En la "década infame", que en rigor se extendió desde 1930 hasta el golpe militar de 1943, se asistió a la reimposición y el mantenimiento del poder político de la elite conservadora mediante un sistema de fraude y corrupción institucionalizados. Era la época del "ya votaste, rajá pronto para tu casa", impuesto por los matones a sueldo de los comités conservadores.²⁵ En Avellaneda, Alberto Barceló controlaba la incipiente zona industrial con ayuda de la policía, de su maquinaria política, del hampa y los votos de los muertos, tal como lo venía haciendo, en gran medida, desde la Primera Guerra Mundial.²⁶ En el resto de la provincia de Buenos Aires, el gobernador Manuel Fresco coordinaba un aparato similar de favoritismos y corrupción. La única isla de relativa rectitud política era la Capital Federal, donde rara vez se hacía fraude. La corrupción política dio un tinte de degeneración social a la elite tradicional, protagonista de una serie de escándalos, aparentemente interminable en los que intervenían figuras públicas y grupos económicos extranjeros, episodios que los nacientes grupos nacionalistas condenaron en muchas oportunidades.²⁷

Asimismo, esa corrupción institucional alimentó un vasto cinismo público. En las palabras de un autor, "era una corrupción que hacía escuela".²⁸ El malestar político y moral acarreado por esta situación engendró una notoria crisis de la confianza que inspiraban las instituciones políticas establecidas y de la creencia en su legitimidad. El peronismo pudo, en consecuencia, reunir capital político denunciando la hipocresía de un sistema democrático formal que tenía escaso contenido democrático real. Por añadidura, el peso de las acusaciones peronistas contra ese sistema fue acrecentado por el hecho de que incluso aquellos partidos formalmente opuestos al fraude en la década 1930-40 fueron vistos como comprometidos con el régimen

conservador. Tal fue particularmente el caso del Partido Radical, que al cabo de un periodo de abstención principista, entre 1931 y 1936, se reincorporó a la contienda política, bajo la dirección de Marcelo T. de Alvear, con el fin de actuar como oposición leal a un sistema político del que el radicalismo sabía que jamás podría desplazarlo. La crisis de legitimidad se extendió entonces mucho más allá de la elite conservadora misma y fue un tema constantemente reiterado por la propaganda peronista en 1945 y 1946. En la campaña previa a las elecciones de 1946, el órgano oficial del Partido Laborista expresó así ese concepto:

"Los viejos y tradicionales partidos desde hace varios años dejaron de ser intérpretes del pueblo para serlo en círculos y cenáculos de evidente matiz impopular, sordos y ciegos a las inquietudes de esa masa que llaman en su auxilio cuando se trata de elecciones."²⁹

Sin embargo, la atracción ejercida por el peronismo sobre los trabajadores no puede explicarse simplemente en función de su capacidad para articular exigencias de participación política y pleno reconocimiento de los derechos de la ciudadanía. Formalmente, los derechos asociados a esas reclamaciones —sufragio universal, derecho de asociación, igualdad ante la ley— existían desde hacía largo tiempo en la Argentina. La Ley Sáenz Peña, que estableció el sufragio universal masculino en 1912, siguió en vigencia durante la "década infame". Similarmente, en la Argentina existía una sólida tradición de instituciones sociales y políticas representativas. La formulación por el peronismo de demandas democráticas era, por lo tanto, la exigencia de restablecimiento de derechos ya anteriormente reconocidos. Más aún, Perón no tenía el monopolio de este discurso contra la exclusión política. Por cierto fue el mismo lenguaje que sus adversarios de la Unión Democrática utilizaron contra él, acusándolo de representar un sistema cerrado y antidemocrático, y fue asimismo el discurso que continuaría constituyendo la base de la oposición política a Perón durante todo su régimen y después de su caída. Finalmente, en el sentido de que se refería a la cuestión general de la ciudadanía, no era un llamamiento dirigido específicamente a los trabajadores sino, por definición, a todos los votantes cuyos derechos habían sido violados.

El éxito de Perón con los trabajadores se explicó, más bien, por su capacidad para refundir el problema total de la ciudadanía en un molde nuevo, de carácter social.³⁰ El discurso peronista negó la validez de la separación, formulada por el li-

beralismo, entre el Estado y la política por un lado y la sociedad civil por otro. La ciudadanía ya no debía ser definida más simplemente en función de derechos individuales y relaciones dentro de la sociedad política, sino redefinida en función de la esfera económica y social de la sociedad civil. En los términos de su retórica, luchar por derechos en el orden de la política implicaba inevitablemente cambio social. Más aún, al subrayar constantemente la dimensión social de la ciudadanía, Perón desafiaba en forma explícita la validez de un concepto de democracia que la limitaba al goce de derechos políticos formales, y a la vez ampliaba ese concepto hasta hacerlo incluir en la participación en la vida social y económica de la nación. En parte esto se reflejó en la reclamación de una democracia que incluyera derechos y reformas sociales, así como en una actitud que trataba con escepticismo las demandas políticas formuladas en la retórica del liberalismo formal. Esto se tornó del todo patente en la campaña electoral de 1946. El llamamiento político de la Unión Democrática se expresó poco menos que totalmente en el lenguaje de las consignas democráticas liberales. En los discursos y manifiestos políticos no hubo virtualmente mención alguna del tema social. En cambio, se encuentra un discurso político totalmente estructurado en términos de "libertad", "democracia", "la Constitución", "elecciones libres", "libertad de palabra", y demás.³¹

Perón, en cambio, constantemente recordaba a su público que tras la fraseología del liberalismo había una división social básica y que una verdadera democracia sólo podría ser construida si se enfrentaba con justicia esa cuestión social. En un discurso de julio de 1945, en que contestó las crecientes exigencias de elecciones formuladas por la oposición, dijo:

"Si algunos piden libertad, nosotros también la pedimos [...] pero no la libertad del fraude [...]. Ni tampoco la libertad de vender el país ni la de explotar al pueblo trabajador."³²

Luis Gay, secretario general del Partido Laborista, se hizo eco de ese concepto en el discurso que pronunció al proclamarse formalmente la fórmula presidencial peronista en febrero de 1946:

"La democracia política es una mentira por sí sola. Únicamente es una realidad cuando va efectivamente acompañada por una estructuración económica de la sociedad, que la haga posible en el terreno de las realizaciones prácticas. Mienten quienes no hagan suyo este concepto y sólo hablan de la Constitución y de la libertad que ellos desvirtuaron y negaron hasta el 3 de junio de 1943."³³

No hay duda alguna de que esta clase de retórica tocó una fibra sensible de los trabajadores que acababan de salir de la década infame. En el primer acto público organizado por la CGT para respaldar a Perón contra el creciente ataque opositor, en julio de 1945, Manuel Pichel, delegado de aquel organismo gremial, afirmó:

"No basta hablar de democracia. Una democracia defendida por los capitales reaccionarios no la queremos, una democracia que sea un retorno a la oligarquía no la auspiciaremos."³⁴

Mariano Tedesco, dirigente textil, recordó algunos años después que

"la gente en 1945 ya estaba cansada. Durante años y años le habían engañado su hambre atrasada con canciones sobre la libertad".³⁵

Análogamente, el escepticismo con que eran recibidos los símbolos formales del liberalismo se torna patente en una anécdota que Julio Mafud recuerda del año 1945. Según Mafud, un grupo de trabajadores fue interrogado acerca de si temían por la existencia de la libertad de palabra en caso de que Perón triunfara en las elecciones venideras. Le contestaron: "La libertad de expresión es cosa de ustedes. Nosotros nunca la hemos tenido".³⁶

Más fundamentalmente aún, la refundición por Perón del tema de la ciudadanía involucraba una visión distinta y nueva del papel de la clase trabajadora en la sociedad. Tradicionalmente, el sistema político liberal en la Argentina, como en otras partes, había reconocido la existencia política de los trabajadores como atomizados ciudadanos individuales dotados de una formal igualdad de derechos en el campo político, pero al mismo tiempo había rechazado, u obstaculizado, su constitución como clase social en ese campo. Ciertamente fiel a la separación liberal entre Estado y sociedad civil, aquel sistema había negado que fuera legítimo transferir al terreno político la identidad social construida en torno del conflicto en el nivel social. Entendía que toda unidad, cohesión social y sentimiento de intereses distintos que se hubiera alcanzado en la sociedad civil debían disolverse y atomizarse en el mercado político, donde los ciudadanos particulares podían, por intermedio de los partidos políticos, influir sobre el Estado y así reconciliar y equilibrar los intereses que existen en recíproca competencia en la sociedad civil.

El radicalismo, pese a toda su retórica sobre "el pueblo"

y la "oligarquía", nunca cuestionó los supuestos del sistema político liberal. Más aún, su maquinaria política, basada en el favoritismo personal y estructurada en torno de jefes locales, estaba en la posición ideal para actuar como "vendedor" de las exigencias de los ciudadanos individuales en el mercado político.³⁷ El peronismo, en cambio, fundaba su llamamiento político a los trabajadores en un reconocimiento de la clase trabajadora como fuerza social propiamente dicha, que solicitaba reconocimiento y representación como tal en la vida política de la nación. Esa representación ya no había de materializarse simplemente mediante el ejercicio de los derechos formales de la ciudadanía y la mediación primaria de los partidos políticos. En vez de ello, la clase trabajadora, como fuerza social autónoma, había de tener acceso directo y por cierto privilegiado al Estado por intermedio de sus sindicatos.

El carácter excepcional de esa visión de la integración política y social de la clase trabajadora en la Argentina de la década 1940-50 se torna más patente si examinamos la manera distintiva en que Perón se dirigió a los trabajadores en los discursos que pronunció en la campaña electoral de 1945-46 y después.³⁸ A diferencia del caudillo o cacique político tradicional, el discurso de Perón no se dirigió a los obreros como individuos atomizados cuya única esperanza de lograr coherencia social y significado político en su vida radicaba en estrechar lazos con un líder capaz de interceder por ellos ante un Estado todopoderoso. En cambio Perón les habló como a una fuerza social cuya organización y vigor propios eran vitales para que él pudiera afirmar con éxito, en el plano del Estado, los derechos de ellos. Él era sólo su vocero, y sólo podía tener éxito en la medida en que ellos se unieran y organizaran. Continuamente subrayó Perón la fragilidad de los individuos y lo arbitrario del destino humano, y por lo tanto la necesidad de los trabajadores de depender solamente de su propia voluntad para materializar sus derechos. En el marco de esta retórica, por consiguiente, el Estado no se limitaba a ser un dispensador todopoderoso de recursos apetecidos que los distribuía —por intermedio de su instrumento elegido, el líder— a individuos pasivos. Más bien el Estado era un espacio donde las clases —no los individuos aislados— podían actuar política y socialmente unos junto con los otros para establecer derechos y exigencias de orden corporativo. Según este discurso el árbitro final de ese proceso podía ser el Estado, y en definitiva la figura de Perón identificada con el Estado, pero éste no constituía a esos grupos como fuerzas sociales, pues ellos tenían cierta independencia, así

como una presencia irreductible, social y, por lo tanto, política.³⁹

Sin duda alguna, la retórica peronista contenía fuertes elementos de caudillismo personalista, poco menos que místico, asociados a las figuras de Perón y Evita. Esto resultó en parte de las distintas necesidades políticas de Perón y el peronismo en diferentes momentos. Desde una posición segura en el poder estatal, la necesidad de subrayar la autonomía organizativa y la cohesión social de la clase trabajadora era notoriamente menor que en el periodo de lucha política previo a la conquista de ese poder. Incluso durante el periodo anterior a 1946 los elementos personalistas de la atracción política peronista se encontraban presentes, como lo prueba la arrolladora consigna "¡Perón, Perón!" insistentemente voceada en la movillización del 17 de octubre de 1945. Sin embargo, aun en el punto más alto de la adulación a Evita y del creciente culto, patrocinado por el gobierno, al poder personal de Perón durante la segunda presidencia, este elemento personalista no se hizo presente a expensas de una continua afirmación de la fuerza social y organizativa de la clase trabajadora.

Esta afirmación de los trabajadores como presencia social y su incorporación directa al manejo de la cosa pública suponía obviamente un nuevo concepto de las legítimas esferas de interés y actividad de la clase obrera y sus instituciones. Esto se hizo patente sobre todo en la afirmación, por parte de Perón, de que los trabajadores tenían derecho a interesarse por el desarrollo económico de la nación y a contribuir a determinarlo. Las cuestiones de la industrialización y del nacionalismo económico, factores clave de la atracción ejercida por el peronismo, debían ser situadas en el marco de esa nueva visión del papel de los obreros en la sociedad. La retórica peronista era lo bastante abierta como para absorber las fibras de pensamiento nacionalista existentes. Algunas de ellas se remontaban, también, al legado yrigoyenista, en particular el conflicto con las compañías petroleras extranjeras durante los últimos años de Yrigoyen en el poder. Otros elementos fueron tomados a los grupos de intelectuales nacionalistas que afloraron en la década 1930-40 y cuyas ideas influían sobre los militares. Por ejemplo, términos como "cipayo" y "vende-patria" se incorporaron al lenguaje político peronista para designar aquellas fuerzas que deseaban mantener a la Argentina dentro de la órbita económica de los Estados Unidos y Gran Bretaña como proveedora de productos agropecuarios.⁴⁰ Tal lenguaje se tornó simbólico de una puja hacia la industrialización, proceso que debía ser guiado y supervisado con arreglo a la meta "Argentina potencia", en vez

de la "Argentina granja" postulada, según los peronistas, por sus adversarios.

El éxito de la identificación de Perón mismo con la creación de una Argentina industrial, así como la atracción política ejercida por esa simbolización, no residía primordialmente en los términos programáticos. Dados el evidente interés de una fuerza de trabajo industrial emergente por la cuestión de la industrialización, así como la vigorosa autoidentificación del peronismo con este símbolo y su posterior monopolio del lenguaje del desarrollo económico, resultaría tentador explicar ese éxito en función de un interés, también monopólico, de Perón en ese programa. Sin embargo, en lo que se refiere a planes políticos y compromisos formales, la identificación del peronismo con la industrialización y de sus adversarios con una Argentina agropecuaria estaba lejos de ser exacta. Con diversos énfasis y no sin irregularidad en el compromiso adoptado, sólo muy pocos de los principales partidos argentinos negaban, en la década 1940-50, la necesidad de alguna suerte de industrialización patrocinada por el Estado. Mediante el Plan Pinedo, de 1940, el sector más articulado de la elite conservadora había afirmado su reconocimiento de la irreversibilidad de la industrialización. También el Partido Radical había adoptado una actitud cada vez más favorable a la industrialización, y su ala yrigoyenista aprobó en abril de 1945, en la Declaración de Avellaneda, un proyecto económico tan industrialista, en cualquiera de sus expresiones, como el de Perón. También la izquierda, encarnada por los comunistas y socialistas, había recurrido persistentemente a una retórica antiimperialista durante la década 1930-40.¹¹

La verdadera cuestión en juego en la década 1940-50 no era, en consecuencia, tanto industrialización versus desarrollo agrario como intervención estatal versus *laissez-faire*. Más bien se trataba del problema de los distintos significados potenciales de la industrialización, es decir los parámetros sociales y políticos con arreglo a los cuales ese proceso debía operarse. Perón tuvo la habilidad de definir esos parámetros en una forma nueva que atrajo a la clase obrera, así como la habilidad de abordar este problema en una forma que, particularmente creíble para los trabajadores, le permitió apropiarse del tema y el símbolo del desarrollo industrial y convertirlo en un arma política mediante la cual pudo diferenciarse de sus adversarios.

El éxito de esta apropiación fue, en alguna medida, cuestión de cómo se la percibiera. Ciertamente, el vínculo entre los rivales políticos de Perón en 1945-46 y los bastiones de la elite

agropecuaria tradicional, como lo eran la Sociedad Rural y el Jockey Club, debilitaba la credibilidad de su compromiso con la industrialización. Análogamente, su estrecho nexo con el embajador norteamericano no fortalecía la creencia en su devoción por la soberanía nacional y la independencia económica. En cuanto a imagen, hasta fines de la campaña electoral de 1946 ya era un hecho establecido la identificación del peronismo con el progreso industrial y social y con la modernidad. Pero no se trató exclusivamente de un problema de imagen y relaciones públicas. Más fundamentalmente, la clase obrera veía en el apoyo de Perón al desarrollo industrial un papel vital para sí misma como agente en la esfera pública, considerablemente ampliada, que el peronismo le ofrecía como campo de actividad. En efecto, Perón por cierto establecía como premisa del concepto mismo de desarrollo industrial la plena participación de la clase trabajadora en la vida pública y la justicia social. En su pensamiento, la industrialización ya no era concebible, como lo había sido antes de 1943, al precio de la extrema explotación de la clase trabajadora. En un discurso que pronunció durante la campaña electoral, Perón afirmó:

"En definitiva: la Argentina no puede estancarse en el ritmo somnoliento a que la condenaron cuantos se lanzaron a vivir a sus costillas. La Argentina ha de recobrar el pulso firme de una juventud sana y de una sangre limpia. La Argentina necesita la aportación de esta sangre juvenil de la clase obrera."⁴²

En la retórica peronista, la justicia social y la soberanía nacional eran temas verosíblemente interrelacionados antes que consignas abstractas meramente enunciadas.

Una visión digna de crédito: carácter concreto y creíble del discurso político de Perón

La cuestión de la credibilidad es decisiva para comprender tanto la exitosa identificación, efectuada por Perón, de sí mismo con ciertos símbolos importantes, por ejemplo la industrialización, como, más en general, el impacto político de su discurso sobre los trabajadores. En el ensayo a que ya nos hemos referido, Gareth Stedman Jones señala que para tener éxito "un vocabulario político particular debe proponer una alternativa general capaz de inspirar una esperanza factible y proponer a la vez un medio de realizarla que, siendo creíble, permita a los posibles reclutas pensar en esos términos".⁴³ El vocabulario

del peronismo era a la vez visionario y creíble. La credibilidad arraigaba en parte en la índole inmediata y concreta de esa retórica. Esto involucraba la limitación de las consignas políticas abstractas a sus aspectos materiales más concretos. Según ya vimos, esa retórica contrastó nitidamente, en los decisivos años 1945-46, con el lenguaje de alta abstracción empleado por los adversarios de Perón. Si bien Perón fue capaz de sermonear desde la altura, sobre todo después de alcanzar la presidencia, y de acuerdo con la audiencia a que se dirigiera, sus discursos a los obreros en el período inicial tuvieron un tono único en ese momento.

Por ejemplo, se encuentran estructurados en un lenguaje claramente distinto del empleado por el radicalismo clásico, que abundaba en densas generalidades sobre la renovación nacional y la virtud cívica. La terminología radical de "la oligarquía" y "el pueblo" seguía presente, pero ahora era habitualmente definida con mayor precisión. Perduraba su empleo de categorías generales que denotaban el bien y el mal, o sea los que estaban por Perón y los que se oponían a él, pero ahora esos términos eran con frecuencia concretados, a veces como ricos y pobres, a menudo como capitalistas y trabajadores. Si bien se hablaba de una comunidad indivisible —simbolizada por "el pueblo" y "la nación"—, la clase trabajadora recibía un papel implícitamente superior en esa totalidad y con frecuencia se la erigía en depositaria de los valores nacionales. El "pueblo" muchas veces se transformaba en "el pueblo trabajador", de modo que "el pueblo", "la nación" y "los trabajadores" eran intercambiables entre sí.

Similar negación de lo abstracto puede encontrarse en el llamamiento peronista en favor del nacionalismo económico y político. Desde el punto de vista de la construcción formal, por el Estado, de la ideología peronista, categorías como "la nación" y "la Argentina" recibían un significado abstracto, místico.⁴⁴ Sin embargo, en los discursos que Perón dirigió específicamente a la clase obrera, particularmente en el período inicial, pero también después, se advierten pocos de los elementos místicos e irracionales de la ideología nacionalista. Esos discursos no se interesaban mayormente por las virtudes intrínsecas de la "argentinidad" ni por los antecedentes históricos de la cultura "criolla" que hallaban expresión en una nostalgia evocadora de alguna esencia nacional desaparecida largo tiempo atrás. Esas preocupaciones estaban reservadas de hecho, principalmente, a intelectuales de clase media pertenecientes a los diversos grupos nacionalistas que procuraban, con escaso éxito, servirse

del peronismo como vehículo para realizar sus aspiraciones. El nacionalismo de la clase trabajadora era invocado principalmente en función de problemas económicos concretos.

Por añadidura, la credibilidad política que el peronismo ofrecía a los trabajadores se debía no sólo a lo concreto de su retórica, sino también a su inmediatez. La visión peronista de una sociedad basada en la justicia social y en la integración social y política de los trabajadores a esa sociedad no estaba sujeta al previo cumplimiento de premisas —como lo estaba por ejemplo en el discurso político izquierdista tales como transformaciones estructurales abstractas de largo plazo, ni lo estaba a la gradual adquisición en alguna fecha futura de una conciencia apropiada por parte de la clase obrera. La doctrina peronista tomaba la conciencia, los hábitos, los estilos de vida y los valores de la clase trabajadora tales como los encontraba y afirmaba su suficiencia y su validez. Glorificaba lo cotidiano y lo común como base suficiente para la rápida consecución de una sociedad justa, con tal de que se alcanzaran ciertas metas fáciles de lograr y evidentes por sí mismas. Primordialmente esto significaba apoyar a Perón como jefe de Estado y mantener un fuerte movimiento sindical. En este sentido, la atracción política del peronismo era esencialmente plebeya; ignoraba la necesidad de una elite política particularmente iluminada y reflejaba e inculcaba un profundo antiintelectualismo.

La glorificación de estilos de vida y hábitos populares involucró un estilo y un idioma políticos bien a tono con las sensibilidades populares. Fuera asumiendo simbólicamente la actitud de "descamisado" en una reunión política, fuera con la clase de imaginaria que empleaba en sus discursos, Perón tenía una especial capacidad, que a sus rivales les faltaba, para comunicarse con sus audiencias obreras. El poeta Luis Franco observó en Perón una "afinidad de espíritu con las letras de tango".⁴⁵ Su habilidad para utilizar esa afinidad con el fin de establecer un nexo con su público se manifestó con claridad en el discurso que dirigió a la multitud reunida en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945.

Hacia el final de ese discurso Perón evocó a su madre, "mi vieja":

"Por eso hace poco les dije que los abrazaba como abrazaría a mi madre. Porque ustedes han tenido los mismos dolores y los mismos pensamientos que mi pobre vieja habrá sentido en esos días."⁴⁶

La referencia parece gratuita, parece la fraseología vacua de alguien que no encuentra nada mejor que decir. Sin embargo, allí identificamos el eco de un importante tema sentimental de las letras de tango: la pobre madre dolorida, cuya congoja simboliza la congoja de sus hijos, de todos los pobres. La identificación, efectuada por Perón, de su propia madre con los pobres, establecía una identidad sentimental entre él mismo y su audiencia, nota patética que resonaba en la sensibilidad de la cultura popular argentina del momento.⁴⁷ También resultó significativo que el discurso terminara con otra nota "tanguera": Perón recordó a su público, en el momento en que se disponía a abandonar la plaza:

"Recuerden que entre todos hay numerosas mujeres obreras que han de ser protegidas aquí y en la vida por los mismos obreros."⁴⁸

El tema de la amenaza a las obreras, y de la necesidad de proteger a sus mujeres, era un tema constante del tango y otras formas de cultura popular.

Que Perón estructurara en ese lenguaje su llamamiento político hoy a menudo nos parece, y por cierto les pareció a los críticos de su tiempo, un remanente de la condescendencia paternalista propia de la tradicional figura del caudillo. Su frecuente empleo de versos de *Martín Fierro* y su uso deliberado de términos del lunfardo puede extrañar a la sensibilidad actual. Sin embargo, debemos ser cuidadosos al apreciar el impacto de su capacidad para manejar un idioma que reflejaba la sensibilidad popular del momento. En relatos efectuados por observadores y periodistas en los decisivos años iniciales del peronismo, encontramos con frecuencia los adjetivos "chabacano" y "burdo" para describir el estilo de expresarse de Perón y sus partidarios, calificativos que denotan una cualidad grosera, propia de un rústico. Sin embargo, no son epítetos que los peronistas hubieran rechazado necesariamente.

No hay duda alguna de que esa capacidad para reconocer, reflejar y promover un estilo y un idioma políticos y populares basados en el realismo plebeyo contrastaba nítidamente con el llamamiento lanzado por los partidos políticos que tradicionalmente representaban a la clase obrera. El tono adoptado por éstos frente a la efervescencia de los trabajadores al promediar la década 1940-50 era didáctico y parecía dirigirse a un público moral e intelectualmente inferior. Tal fue particularmente el caso del Partido Socialista. Su análisis de los episodios del 17 de octubre es ilustrativo de su actitud y su tono:

"La parte del pueblo que vive su resentimiento, y acaso para su resentimiento se desborda en las calles, amenaza, atropella, asalta diarios, persigue en su furia demoníaca a los propios adalides permanentes y responsables de su elevación y dignificación."⁴⁹

Tras este tono de temor, frustración y moralización había un discurso dirigido a una clase trabajadora abstracta, poco menos que mítica. El peronismo, en cambio, estaba dispuesto, en particular durante su período inicial, a reconocer e incluso glorificar a trabajadores.

Al comparar el enfoque político de Perón con el de sus adversarios no es posible menos que recordar el comentario de Ernst Bloch acerca de la apropiación, por los nazis, de las simpatías que los socialistas y comunistas tenían entre los obreros: "Los nazis hablaban falsamente, pero a la gente; los comunistas decían la verdad, pero hablaban de cosas".⁵⁰

La capacidad de Perón para apreciar el tono de la sensibilidad de la clase trabajadora y los supuestos con que ésta se manejaba se reflejó también en otros terrenos. La retórica peronista, por ejemplo, incluía un reconocimiento tácito de la inmutabilidad de la desigualdad social, una resignada aceptación, dictada por el sentido común, de la realidad de las desigualdades sociales y económicas, un reconocimiento de lo que Pierre Bourdieu denominó "un sentido de los límites".⁵¹ Los remedios propuestos para mitigar esas desigualdades eran plausibles e inmediatos. En un discurso que pronunció en Rosario en agosto de 1944, Perón puso de relieve el carácter razonable, evidente por sí mismo, de su llamamiento, es decir, la realidad mundana que había tras la retórica abstracta de la igualdad social:

"Queremos que desaparezca de nuestro país la explotación del hombre por el hombre y que cuando ese problema desaparezca igualemos un poco las clases sociales para que no haya como he dicho ya en este país hombres demasiado pobres ni demasiado ricos."⁵²

Este realismo suponía una visión política limitada, pero no descartaba resonancias utópicas; simplemente lograba que esas resonancias —un anhelo de igualdad social, de que se pusiera fin a la explotación— resultaran más creíbles para una clase trabajadora imbuida, por su experiencia de la década infame, de cierto cinismo frente a las promesas políticas y las consignas abstractas. Más aún, la credibilidad de la visión política de Perón, la practicabilidad de la esperanza que ofrecía, eran afirmadas a diario por las acciones que él ejecutaba desde

el plano del Estado. La confirmación de las soluciones que ofrecía no dependía de algún futuro apocalipsis, sino que se la podía verificar bastante directamente a la luz de la actividad y experiencia políticas de cada día. En 1945 ya había empezado a circular entre los trabajadores la consigna que había de simbolizar esa credibilidad: "¡Perón cumple!"

EL HERÉTICO IMPACTO SOCIAL DEL PERONISMO

El peronismo significó una presencia social y política mucho mayor de la clase trabajadora en la sociedad argentina. El impacto de este hecho puede ser medido, en términos institucionales, por referencia a factores tales como la relación íntima entre gobierno y sindicalismo durante la era de Perón, la masiva ampliación del gremialismo y el número de parlamentarios de extracción gremial. Estos son factores de fácil demostración empírica y en más de un caso estadísticamente mensurables. Sin embargo, existieron otros factores que es preciso tener en cuenta al evaluar el significado social del peronismo para la clase trabajadora, factores mucho menos tangibles y mucho más difíciles de cuantificar. Nos referimos a factores como el orgullo, el respeto propio y la dignidad.

Significado de la década infame: respuestas de la clase obrera

Para evaluar la importancia de esos factores debemos volver a la década infame, pues fue sin duda alguna el punto de referencia en relación con el cual los trabajadores midieron su experiencia del peronismo. La cultura popular de la era peronista fue dominada por una dicotomía temporal que contrastaba el presente peronista con el pasado reciente. Según lo observa Ernesto Goldar en su análisis de la ficción literaria popular peronista, esa dicotomía fue acompañada por un correspondiente contraste de valores asociado al "hoy" de 1950-60 y al "ayer" de 1930-40.⁵³ Algunos de esos contrastes evaluativos se referían a los cambios sociales concretos conectados con el mayor bienestar social, el aumento de los salarios y la eficaz organización gremial. Sin embargo, otros se relacionaban con un campo social más amplio y más personal, al margen de los mejoramientos alcanzados en la línea de producción, el paquete salarial o el sindicato. Esto sugiere claramente que la década infame fue

experimentada por muchos trabajadores como un tiempo de frustración y humillación profundas, sentidas colectiva e individualmente.

Si bien carecemos de un informe detallado y amplio de los elementos que configuraban el universo social de la clase trabajadora del período preperonista, pruebas consistentes en anécdotas, testimonios personales, formas culturales populares y extractos biográficos sobre obreros pueden aportarnos fragmentos ilustrativos de la imagen total. La dureza de las condiciones de trabajo y la disciplina testimoniada por la mayoría de los observadores de aquel período tuvo impacto sin duda alguna sobre la clase trabajadora en general. Por ejemplo, en las memorias donde relata sus experiencias como organizador de los obreros de los frigoríficos de Berisso, en las décadas 1930-40 y siguiente, Cipriano Reyes señala que

"la empresa era dueña de las vidas y las haciendas de sus obreros. Unos cuentenk, le digo esto como ejemplo, andaban por las casas vendiendo ropa en cuotas. Cuando un obrero no pagaba iban a ver al jefe del personal del frigorífico y entonces el moroso era suspendido. La vigilancia era increíble, estaba todo controlado".⁵⁴

Probablemente, un control de estas características fuese más duro en comunidades obreras dominadas por una sola empresa grande, como un frigorífico. Sin embargo, las condiciones sociales que reflejaba esa situación de dominio por el empleador no estaban confinadas al caso extremo de la ciudad-empresa. Angel Perelman recuerda haber dejado la escuela primaria a los 10 años para entrar en un taller metalúrgico de la Capital Federal, donde trabajaba

"jornadas sin horario [...] la hora de salida la fijaba el patrón. Toda la felicidad para una familia obrera consistía... en conservar el trabajo".

Los años treinta, recuerda Perelman,

"eran los tiempos de los desesperados, de los ingeniosos y de las pequeñas raterías".⁵⁵

Otro autor, al comentar las condiciones generales de la situación laboral en la misma época, dice:

"El miedo a la desocupación en esa época lleva a la humillación. Al callarse y no hablar, la falta de acciones de defensa elementales lleva a la declinación moral, al escepticismo. Dentro de una fábrica,

de un establecimiento, el obrero estaba solo, desintegrado de toda conciencia social."⁵⁶

Aunque generalizaciones tan tajantes sobre la declinación moral y el cinismo que habrían caracterizado la actitud de la clase obrera en la década 1930-40 deben ser tomadas con cautela, existe una prueba que tiende a apuntar en la misma dirección.

Algunos de los indicios más reveladores al respecto pueden obtenerse en formas culturales populares, en particular el tango. El universo social pintado en los tangos de la década 1930-40 era universalmente sombrío. Los temas tradicionales del tango siguieron presentes —la traición amorosa, la nostalgia de un pasado más simple centrada en torno de la recreación idílica del barrio o del arrabal, la afirmación de virtudes como el coraje—, pero a esto se sumó, en algunos de los tangos, un contexto social amplio. En particular, en los tangos de Enrique Santos Discépolo la imposibilidad de una relación significativa entre un hombre y una mujer llega a simbolizar la imposibilidad de cualquier relación social que no se base en la codicia, el egoísmo y una falta total de escrúpulos morales en un mundo basado en la injusticia y el engaño. En muchos tangos de Discépolo la figura crucial es el "gilito embanderado", el iluso que trata de vivir honestamente o, más aún, es lo bastante ingenuo como para imaginarse que podrá cambiar un mundo injusto.⁵⁷ El propósito del tango es, entonces, desengañarlo de sus ilusiones enfrentándolo con una realidad donde "(sí) aquí ni Dios rescata lo perdido".⁵⁸ El tono es de amargura y resignación. La idea popular de la vida social, tal como la reflejan esas letras, aconseja adoptar los valores dominantes, es decir el egoísmo y la inmoralidad. Llevada hasta sus últimas consecuencias, esa idea involucra la comprensión —si no la aprobación— de la atracción que ejerce sobre los pobres la lógica de la "mala vida", la prostitución, el proxenetismo, el delito.⁵⁹ La alternativa, en el caso de los que no aceptarían el ethos social dominante, era una aceptación resignada o un "obstinado silencio".⁶⁰

Evidentemente, hay que cuidarse de extraer, del tango y otras formas culturales populares del momento, conclusiones sobre las actitudes de la clase trabajadora. El tango, por ejemplo, era cada vez más una forma de arte comercializado cuya conexión con el "barrio" de trabajadores era tenue.

Lo que llegaba al público general era determinado en gran medida por las firmas productoras de discos, y el éxito y el fracaso comercial dependían de la recepción que se tributara

a la grabación en el mercado de consumo y los teatros y salones de baile de la zona céntrica de Buenos Aires. También parece probable que el elemento bohemio, que siempre había constituido parte importante del tango, recibiera mayor realce a medida que las letras provinieron cada vez más de la baja clase media urbana. Ciertamente, el desesperado lamento que profiere Discépolo en su gran tango *Cambalache*, escrito en 1935, donde dice que "todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor", suena a desencanto de un educado miembro de la clase media cuyo mérito la sociedad no reconoce. Las letras de la década infame también carecen de algo del optimismo y el compromiso social que hay en algunos tangos de la era anterior. De una u otra manera, la inmensa popularidad de esos tangos en la clase trabajadora de Buenos Aires parece demostrar que cualesquiera que fuesen las manipulaciones de la industria cultural, y cualesquiera que sean las precauciones con que leamos la conciencia de la clase trabajadora directamente en las letras de tango, éstas por cierto respondían a algunas actitudes y experiencias que, recreadas en esas letras, los trabajadores reconocían como auténticamente propias.

Empero, aun si reconocemos que tales hechos son significativos, también debemos admitir que las únicas respuestas con que contaron los trabajadores no consistieron en el cinismo, la apatía o la resignación. Luis Danussi, que después de 1955 llegaría a encabezar el sindicato de los gráficos, tras llegar a Buenos Aires en 1938 vio una ciudad

"tumultuosa, y con febril actividad sindical, ofrecía un amplio campo de acción; congresos nacionales, zonales, comarcales, asambleas de personales y de gremios".⁶¹

Aún se encontraba presente la característica militante que la cultura de la clase trabajadora había tenido en una época anterior. Esa cultura se centraba en torno de la existencia de

"[...] sindicatos, ateneos, bibliotecas mediante la distribución de volantes, periódicos, diarios, revistas, folletos y libros; manifestaciones, comités pro-presos, grupos teatrales, cooperativas, comunidades o ensayos de vida solidaria. También se realizaban campañas contra el alcoholismo, el tabaco, se organizaban picnics, lecturas comentadas y se procuraba dar amplitud al espíritu de apoyo mutuo".⁶²

También se organizaban campañas contra el alcohol y el tabaco, se realizaban pícnicos, se dictaban conferencias seguidas de debate y se inculcaba el espíritu de ayuda mutua.⁶² Todavía florecían, en 1938, elementos de esta suerte de cultura militante tradicional, compartida por igual por socialistas, comunistas, anarquistas y sindicalistas. Esos elementos encontraron expresión en los muchos comités formados en la década 1930-40 para ayudar a la España republicana y eran todavía una presencia viva en sindicatos como el de los gráficos, al que se incorporó Luis Danussi.

El propio Danussi tenía alguna formación anarquista al llegar a Buenos Aires, pero los trabajadores ajenos a esa cultura podían ser atraídos por ella y utilizarla como canal para expresar su resentimiento con la explotación y como parte de su búsqueda de soluciones políticas. Ángel Perelman señala, por ejemplo, que:

"La explotación capitalista y la lucha de clases las aprendí primero en esa fábrica del año 30 que leyéndola en los libros [...]. A los 14 años de edad y ya con cuatro de obrero, no pudo menos que interesarme la política. ¡Como para no interesarme! Había muchas manifestaciones realizadas por los desocupados. Algunos partidos de izquierda protestaban por la miseria reinante. Las asambleas sindicales [...] reunían a los trabajadores más militantes y decididos."⁶³

Otros datos aun sugieren un aumento de la actividad gremial y la asistencia a las reuniones sindicales a fines de 1930-40 y principios de la siguiente década, a medida que el desempleo decrecía, la industria se expandía y el movimiento obrero se recobraba en alguna medida de la declinación experimentada en los años que siguieron al golpe militar de 1930. La afiliación gremial respondió a un clima nacional e internacional mejor y aumentó alrededor de un 10 por ciento entre 1941 y 1945.⁶⁴

"[...] abrir camino a las organizaciones sindicales era una empresa con enormes dificultades, en muchos aspectos por efecto de la represión patronal y policial, pero las que ofrecía escollos casi imposibles de superar consistía, muchas veces, en la indiferencia y el descreimiento de los mismos trabajadores, reacios a organizarse en defensa de sus propios intereses".⁶⁵

Algo del sentimiento de impotencia y resignación que, según lo sugerimos, caracterizó la respuesta de muchos trabajadores a la experiencia del periodo previo a 1943 puede

hallárselo en el testimonio personal de los no militantes. A continuación se reproducen, con el fin de transmitir en lo posible la esencia de ese sentimiento, dos fragmentos testimoniales. El primero proviene de un obrero que trabajaba en puertos situados a lo largo del río Paraná, particularmente en el de Rosario:

Pregunta: ¿Cómo fueron los años 30 para usted?

Don Ramiro: Bueno, la vida era muy dura en aquel entonces [...] la gente trabajadora no valía nada y no fuimos respetados por los que controlaban todo [...]. Uno tenía que saber mantenerse en su lugar. Yo votaba por los radicales en los años 20 pero después del 30 todo fue mal. Los caudillos conservadores controlaban todo. Los días de los comicios yo iba al municipio para votar pero no conseguía entrar [...]. Resultaba que yo era conocido como alguien en quien no se podía confiar, de modo que no me permitían votar. Según la ley no podían hacerlo pero se burlaban de ella. En aquellos años, ¿qué importancia tenía la ley? Había un grupo de ellos, matones, pagados por el comité conservador [...] todo el mundo los conocía [...] y ellos cerraban el paso cuando uno quería entrar. Se podía ver a sus pistolas por debajo del saco.

Pregunta: ¿Quiere decir que le obligaba a desistir a votar con amenazas?

Respuesta: No. Nunca lo hacían abiertamente [...] por lo menos conmigo; no había por qué hacerlo [...] sabías que tendrías que pagar de alguna forma si te opusieras a ellos. Era un tipo de juego para ellos.

Pregunta: Pues, ¿qué hacía usted?

Respuesta: Y, bueno, ¿qué podías hacer? Nada. Volver a casa. Tal vez quejarme a los amigos de esos hijos de puta. Si uno armaba un escándalo te harían pagar de algún modo y no serviría para nada. Vos no tenías ninguna importancia para ellos. Pero, después con Perón todo cambió. Voté por él.

Pregunta: ¿Cómo cambió?

Respuesta: Bueno, con Perón todos éramos machos.⁶⁶

El segundo fragmento fue aportado por un trabajador joven, de Buenos Aires, que entró en la fuerza laboral a fines de la década del '30:

Lautaro: Una cosa que recuerdo de los años 30 fue la manera en que la trataban a la gente. Sentías que no tenías ningún derecho a nada. Todo parecía ser un favor que te hacían a través de la iglesia o alguna caridad o si ibas a pedir un favor al caudillo de comité él te ayudaba a conseguir remedios o entrar al hospital. Otra cosa que recuerdo de los años 30 es que siempre me sentía extraño cuando iba al centro de Buenos Aires [...] como si uno no estuviera en su ambiente, que era absurdo pero te sentías que ellos te miraban

despectivamente, que no estabas bien vestido. La policía te trataba como animales también.

Pregunta: ¿Los sindicatos y partidos políticos tuvieron importancia para usted en aquel entonces?

Respuesta: Bueno, normalmente yo votaba por los socialistas. Mi hermano se interesaba más que yo por ellos, aunque yo siempre pensaba que eran honestos. Perón nunca creía que serviría para algo. Lo mismo con los sindicatos. No teníamos un sindicato en los talleres donde trabajaba yo. Debía haber sido en los primeros años del 40, antes de Perón. Teníamos mucho de que quejarnos, pero aun así no creo que tomábamos en serio al sindicalismo. La vida era simplemente así, uno tenía que aguantar todo, su maldita arrogancia, como te trataban. Algunos de los activistas compañeros de mi hermano quisieron cambiar todo esto, pero eran excepciones. No había muchos obreros que quisieran ser héroes.⁶⁷

Experiencia privada y discurso público

El más profundo impacto social del peronismo debe ser considerado a la luz de esa experiencia de la clase trabajadora en el período anterior a 1943. En la crisis del orden tradicional inaugurada por el golpe militar de 1943 fue puesto en cuestión mucho más que la autoridad política e institucional de la élite conservadora. Hacia 1945, la crisis política había provocado, y además contenía en su propio seno, un cuestionamiento de todo un conjunto de supuestos concernientes a las relaciones sociales, las formas de deferencia y los acuerdos, en gran medida tácitos, acerca de cuál era "el orden natural de las cosas" y el "sentido de los límites" acerca de lo que se podía o no se podía discutir y expresar legítimamente. En este sentido, el poder del peronismo radicó, en definitiva, en su capacidad para dar expresión pública a lo que hasta entonces sólo había sido internalizado, vivido como experiencia privada. Así lo señala Pierre Bourdieu:

Las experiencias privadas pasan nada menos que por un cambio de estado cuando se reconocen a sí mismas en la *objetividad pública* de un discurso ya constituido, signo objetivo de su derecho a que se hable de ellas y a que se hable públicamente. "Las palabras", dice Sartre, "hacen estragos cuando encuentran un nombre para lo que hasta entonces ha vivido innominado".⁶⁸

No hay duda alguna de que éste es el contexto donde los fragmentos que se presentan en el apartado anterior adquieren su significado. En particular, podemos apreciar la imagen de

silencio que pasa de uno a otro: "Tenés que quedarte callado, no hablar"; "un obstinado silencio", o la respuesta de don Ramiro cuando se le preguntó qué hacía frente al poder de los caciques políticos: "Nada. Volver a casa. Tal vez quejarme a los amigos". La capacidad del discurso peronista para articular esas experiencias no formuladas constituyó la base de su poder, auténticamente herético. En efecto, existían otros discursos heréticos —en el sentido de que ofrecían alternativas distintas de la ortodoxia instituida—, bajo forma de retórica socialista, o comunista, o radical. Sin embargo, según hemos visto, estas líneas no fueron capaces de adquirir una autoridad indiscutible como expresiones válidas de la experiencia de la clase trabajadora. Sobre esas otras fuerzas políticas el peronismo tuvo la enorme ventaja de ser un "discurso ya constituido", articulado desde una posición de poder estatal, lo que acrecentaba considerablemente la legitimidad que confería a las experiencias que expresaba.

El poder social herético que el peronismo expresaba se reflejó en su empleo del lenguaje. Términos que traducían las nociones de justicia social, equidad, decencia —cuya expresión había sido silenciada (o ridiculizada como en el tango)—, habían de ocupar ahora posiciones centrales en el nuevo lenguaje del poder. Sin embargo, más importante que esto fue la circunstancia de que términos que antes simbolizaban la humillación de la clase obrera y su explícita falta de status en una sociedad profundamente consciente del status adquirieron ahora connotaciones y valores diametralmente opuestos. El ejemplo más famoso sin duda reside en las implicaciones asignadas a la palabra "descamisado". Este vocablo había sido utilizado inicialmente por los antiperonistas, antes del triunfo electoral de Perón en 1946, como calificativo de los trabajadores que lo apoyaban.⁶⁹ La explícita connotación de inferioridad social, y por tanto política y moral, se basaba en un criterio de valor social que tomaba uno de los signos más evidentes del status de la clase trabajadora —las ropas de trabajo— y lo presentaba como insignia evidente por sí misma de inferioridad. El peronismo adoptó el término e invirtió su significado simbólico, transformándolo en afirmación del valor de la clase trabajadora. Esa inversión fue magnificada mediante la adhesión del término "descamisados", en la retórica oficial, a la figura de Eva Perón, protectora titular de aquellos.⁷⁰

Más significativo aún tal vez sea el hecho de encontrar términos que eran de uso corriente, antes de 1943, para

mencionar en forma todavía más despectiva a la clase trabajadora, transformados e invertidos ahora en forma similar. En su uso general, "negro" designaba a los habitantes del interior del país y a menudo tenía evidentes connotaciones étnicas peyorativas. Despectivamente, la elite tradicional designaba "los negros radicales" a quienes respaldaban a Yrigoyen.⁷¹ Con la afluencia masiva de migrantes del interior a la industria de Buenos Aires en 1930-40, el término fue utilizado como sinónimo de trabajador manual, y "negrada" fue un equivalente genérico de proletariado. Las connotaciones son inconfundibles: una "negra" significa en lenguaje coloquial porteño una mujer de condición humilde, y "negrear" significa buscar a esas mujeres para fines sexuales. Según lo observa José Gobello en su *Diccionario lunfardo*, todas las variaciones de negro excepto una están cargadas de desprecio y falta de respeto por algo inferior.⁷² El uso de "negrada" como sinónimo del proletariado en los años 1930-40 poseía, pues, un fuerte simbolismo social donde se originó su posterior empleo por las fuerzas antiperonistas. Al promediar la década 1940-50, los adversarios de Perón empleaban con frecuencia expresiones burlonas y despectivas como "la negrada de Perón" y "los cabecitas negras". Su incorporación al lenguaje del peronismo, en cambio, les otorgó un nuevo status. El hecho de que en este discurso público "la negrada" encontrara expresión y afirmación significó que toda una gama de experiencias normalmente asociadas a ese término —y que por haber sido designadas así habían sido decretadas ilegítimas, indignas de preocupación, y en consecuencia condenadas a ser sufridas en silencio, internalizadas o expresadas oblicuamente en ciertas expresiones angustiadas de la cultura popular— podían ahora ser dichas en voz alta y entrar en el campo del debate público, la preocupación social y por lo tanto la acción política.

Algo de ese significado social herético se tornó patente en la vasta movilización de la clase trabajadora que se extendió desde el 17 de octubre de 1945 hasta el triunfo electoral peronista de febrero de 1946. Esa movilización demostró la capacidad de los trabajadores para actuar en defensa de lo que consideraban sus intereses. Pero además representó, de manera más difusa, un rechazo de las formas aceptadas de jerarquía social y los símbolos de autoridad. Esto fue particularmente notable durante la manifestación del 17 de octubre. Si bien la atención se centró en el objetivo esencial del acto —la figura de Perón y su liberación del confinamiento—, la movilización misma, y las formas que asumió, sugieren por sí solas un

significado social más amplio. Los observadores más sagaces de ese episodio han concordado en el tono dominante de irreverencia e irónico sentido del humor que caracterizó a los manifestantes. Félix Luna resumió esa atmósfera diciendo que parecía "de fiesta grande, de murga, de candombé".⁷³ La prensa comunista habló despectivamente de los grupos con "aspecto de murga" que intervinieron en la manifestación.⁷⁴ El empleo del término "murga" resulta interesante, pues popularmente designa a los grupos que en carnaval se disfrazaban e iban de un lado a otro por la calle, cantando, bailando y tocando instrumentos. Así como esa conducta era tolerable dentro de los estrictos límites del carnaval y se manifestaba sobre todo en los barrios obreros, su ruptura de esos confines durante una manifestación de indiscutible contenido político representó una subversión simbólica de los códigos de conducta aceptados y asimismo un acto de deferencia con la clase trabajadora.

Un aspecto importante de esa subversión se relacionó con el sitio donde se expresaba tal conducta, es decir, con criterios tácitos de jerarquía espacial. Al desplazarse las multitudes irreverentes desde los suburbios obreros que bordeaban la Capital Federal, o al cruzar los puentes del Riachuelo desde Avellaneda y otros puntos situados al Sur, para concentrarse en la zona céntrica y la Plaza de Mayo frente a la Casa de Gobierno, se violaron esos criterios. El comportamiento de los trabajadores al atravesar los suburbios más ricos agravó la blasfemia implícita en tal violación. Sus canciones fueron cada vez más insultantes para los adinerados, la "gente decente" de la sociedad porteña, a la cual ridiculizaban. Uno de los muchos estribillos dirigidos a los estupefactos espectadores que, desde sus balcones del Barrio Norte, observaban la aparición de la "Argentina invisible"⁷⁵, decía así: "Salite de la esquina oligarca loco, tu madre no te quiere y Perón tampoco".⁷⁶

El hecho de que la manifestación culminara en la Plaza de Mayo fue por sí solo significativo. Hasta 1945 esa plaza, situada frente a la Casa de Gobierno, había sido en gran medida un territorio reservado a la "gente decente", y los trabajadores que se aventuraban allí sin saco ni corbata fueron más de una vez alejados o incluso detenidos. Una fotografía ampliamente difundida que se tomó el 17 de octubre muestra a los obreros arremangados y sentados en los bordes de las fuentes de la plaza, con los pies sumergidos en el agua. El simbolismo implícito en esta imagen es fácil de apreciar si se tiene en cuenta el sentimiento de incomodidad que em-

bargaba al obrero Lautaro Ferlini cuando visitaba el sector céntrico en los años anteriores al peronismo.

Gran parte de ese espíritu de irreverencia y blasfemia, y de esa redistribución del espacio público, característicos del 17 de octubre y la campaña electoral siguiente, parecerían constituir una suerte de "antiteatro", basado en el ridículo y el insulto, contra la autoridad simbólica y las pretensiones de la elite argentina.⁷⁷ El resultado fue, por cierto, desinflar un tanto la seguridad que la elite tenía de sí misma. También representó una recuperación del orgullo y la autoestima de la clase trabajadora, sintetizados en la expresiva frase de don Ramiro: "Bueno, con Perón todos éramos machos". Tal vez ante todo haya significado una afirmación de la existencia de la clase trabajadora y un punto final, puesto en forma desafiante, al silencio y el ocultamiento del agravio experimentado. Esta combinación de significados simbólicos es sagazmente captada en los recuerdos que Félix Luna escribe del 17 de octubre, del día en que él y sus compañeros de estudio, todos radicales antiperonistas, vieron desfilar por la ciudad a las columnas de trabajadores:

"Bueno, ahí estaban. Como si hubieran querido mostrar todo su poder para que nadie dudara de que realmente existían. Ahí estaban por toda la ciudad, pululando en grupos que parecían el mismo grupo multiplicado por centenares. Los mirábamos desde la vereda con un sentimiento parecido a la compasión. ¿De dónde salían? ¿Entonces existían? ¿Tantos? ¿Tan diferentes a nosotros? ¿Realmente venían a pie desde estos suburbios cuyos nombres componían una vaga geografía desconocida, una terra incognita por la que nunca habíamos andado? [...] Habíamos recorrido todos esos días los lugares donde se debatían preocupaciones como las nuestras. Nos habíamos movido en un mapa conocido, familiar: la facultad, la Recoleta en el entierro de Salmún Feijóo, la Plaza San Martín, la Casa Radical. Todo, hasta entonces, era coherente y lógico: todo apoyaba nuestras propias creencias. Pero ese día cuando empezaron a estallar las voces y a desfilar las columnas de rostros anónimos color tierra sentíamos vacilar algo que hasta entonces había sido inmovible."⁷⁸

Los límites de la herejía: ambivalencia del legado social peronista

Resultaría engañoso, empero, dejar en este nivel la caracterización del impacto social del peronismo. Una vez en el poder, el peronismo no contempló la ebullición y la esponta-

neidad mostrada por la clase trabajadora desde octubre de 1945 hasta febrero de 1946 con mirada tan favorable como la que tuvo en este lapso de lucha. Más aún, gran parte de los esfuerzos del Estado peronista desde 1946 hasta su deposición en 1955 pueden ser vistos como un intento por institucionalizar y controlar el desafío herético que había desencadenado en el periodo inicial y por absorber esa actitud desafiante en el seno de una nueva ortodoxia patrocinada por el Estado. Considerado bajo esta luz el peronismo fue en cierto sentido, para los trabajadores, un experimento social de desmovilización pasiva. En su retórica oficial puso cada vez más de relieve la movilización controlada y limitada de los trabajadores bajo la tutela del Estado. El propio Perón se refirió con frecuencia a su preocupación por los peligros de las "masas desorganizadas", y en la situación peronista ideal los sindicatos debían actuar en gran medida como instrumentos del Estado para movilizar y controlar a los trabajadores. Este aspecto cooptativo del experimento peronista se reflejó en la consigna fundamental dirigida por el Estado a los trabajadores en la época de Perón para exhortarlos a conducirse pacíficamente: "De casa al trabajo y del trabajo a casa".

La ideología peronista formal reflejaba esa preocupación. Predicaba la necesidad de armonizar los intereses del capital y el trabajo dentro de la estructura de un Estado benévolo, en nombre de la nación y de su desarrollo económico. En su discurso del Primero de Mayo de 1944, Perón había dicho:

"Buscamos suprimir la lucha de clases suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patrones al amparo de la justicia que emana del Estado."⁷⁹

La ideología peronista distinguía entre el capital explotador e inhumano y el capital progresista, socialmente responsable, comprometido con el desarrollo de la economía nacional. De éste los trabajadores no tenían nada que temer:

"El capital internacional es instrumento de explotación, y el capital patrimonial lo es de bienestar, el primero representa por lo tanto la miseria mientras que el segundo la prosperidad."⁸⁰

Como conclusión lógica de esa premisa, la ideología peronista también subrayaba que los intereses de la nación y su desarrollo económico debían identificarse con los de los trabajadores y sus sindicatos. Se entendía que los trabajadores compartían con el capital nacional, no explotador, un

interés común en la defensa del desarrollo nacional contra las depredaciones del capital internacional y su aliado interno, la oligarquía, que querían impedir el desarrollo independiente de la Argentina.

En el contexto de estas consideraciones sobre el significado social del peronismo para los trabajadores y el éxito que alcanzó al canalizar y absorber lo que hemos llamado el potencial social herético de esa clase, es necesario tomar en cuenta varios factores. El Estado peronista tuvo sin duda alguna considerable éxito en el control de la clase trabajadora, tanto social como políticamente, y si bien el conflicto de clases no fue en modo alguno abolido, así como no se cumplió el idilio de armonía social retratado por la propaganda oficial, las relaciones entre capital y trabajo por cierto mejoraron. La temida venganza del *sans-culotte* porteño, aparentemente presagiada por los tumultos sociales y políticos de 1945-46, no se materializó. Varias razones pueden proponerse para explicar ese éxito. Una fue la capacidad de la clase trabajadora para satisfacer sus aspiraciones materiales dentro de los parámetros ofrecidos por el Estado; otra, el prestigio personal de Perón. También es preciso tomar en consideración la habilidad del Estado y su aparato cultural, político e ideológico para promover e inculcar nociones de armonía e intereses comunes de las clases. Sin embargo, debemos cuidarnos de analizar esto exclusivamente en función de la manipulación y el control social. La eficacia de la ideología oficial dependió en forma decisiva de su capacidad para asociarse con las percepciones y la experiencia de la clase trabajadora. La retórica peronista, como cualquier otra, derivó su influjo, en definitiva, de su aptitud para decirle a su público lo que éste deseaba escuchar.

Como ejemplo de lo que deseamos significar puede tomarse la forma en que la retórica peronista trató el tema del Primero de Mayo, el Día de los Trabajadores. Un organismo oficial publicó en 1952 un documento, titulado *Emancipation of the workers*, típico de los esfuerzos del gobierno en aquella dirección. Su parte fundamental consiste en una colección de fotografías, a cada una de las cuales corresponde un texto escrito. Las primeras fotos muestran a trabajadores reunidos para celebrar el Primero de Mayo, que enarbolan banderas rojas y las banderas rojas y negras de los anarquistas. En las fotos se ven jinetes de la policía montada. El comentario dice: "El Día del Trabajo, tal como era celebrado antiguamente en este país", "para tomar parte en las celebraciones era necesario tener mucho coraje. La policía, poderosamente armada y

lista para cualquier eventualidad, impidió que los trabajadores proclamaran sus justas aspiraciones". La tercera foto refleja "un triste testimonio de los trágicos sucesos del Día del Trabajo de treinta años atrás"; y muestra a trabajadores muertos o heridos por la policía. Las tres fotos siguientes están en abierto contraste y exponen la moraleja del caso. Muestran una gran manifestación reunida en Plaza de Mayo con motivo del Día del Trabajo; se ven muchas insignias sindicales pero no banderas rojas. Los textos dicen: "En la nueva Argentina creada por el general Perón, el 1º de Mayo es alegremente celebrado por un pueblo unido", y: "el Día del Trabajo es siempre un acontecimiento popular de gran importancia en la Argentina". La foto presenta muchedumbres obreras en marcha hacia la Plaza de Mayo para escuchar un discurso de Perón.⁸¹

Este documento es sin duda alguna ilustrativo de la capacidad del peronismo para apropiarse de los símbolos de las tradiciones de la clase obrera anteriores y rivales, que los peronistas absorbieron y neutralizaron. Más importante para estas consideraciones es la manera en que esa apropiación involucró alteración de significados. Es imposible no advertir el contraste simbólico propuesto por el documento. Lejos de ser la afirmación de una identidad forjada en el conflicto de clases, un símbolo de lucha y firmeza de posición en nombre de un principio, el Primero de Mayo antes de Perón representaba la tristeza, el dolor y la impotencia revelados por los rostros vendados que miran al lector desde el documento. Por otro lado, el Día del Trabajo en la era de Perón significaba rostros sonrientes de obreros en marcha hacia la Casa de Gobierno, una atmósfera de tranquilidad y armonía, ausencia de pánico, de policías y de lesiones. Por supuesto, se trataba de propaganda gubernamental, pero lo significativo reside en que su eficacia dependía, por lo menos en parte, de su capacidad para dirigirse a la receptividad de ese mensaje por parte de los trabajadores.

Entre éstos existía esa receptividad. Una vez más, sostenemos que arraigaba en la experiencia de los trabajadores en la era previa a 1943. Las lecciones dejadas por esa experiencia constituyeron un tema importante de la cultura popular en los años peronistas. Goldar resume del siguiente modo la manera en que la narrativa popular abordó ese tema:

"El día de los trabajadores durante la década infame será de lucha, represión, consignas internacionales, rebelión impotente, 'tu

hambre, el odio de esta gente, la miseria de ustedes, la espera, la ropa sucia y rota, el pellejo fatigado, las voces roncas'. Luchando para que 'la vida no fuera otra cosa que cansancio y sueño viejo'.⁸²

En contraste con esa imagen de conflicto y dolor asociado al Primero de Mayo antes de Perón, la imagen que se asoció después de 1946 fue la de una tranquilidad en cuyo marco aquel día era la fiesta del trabajo y las manifestaciones que terminaban con efusión de sangre se desvanecían en el recuerdo del pasado.

Testimonios personales dejan constancia de actitudes similares frente a los símbolos de las luchas de clase de otro tiempo. Un obrero, activista de largo tiempo atrás y de papel prominente en la fundación del Partido Laborista, al explicar por qué se interesó en la política en 1945, dijo:

"Decidí también colaborar en la acción política, para que la clase trabajadora, mi clase, obtuviera el derecho de vivir mejor sin el peligro de tener que afrontar tragedias como la semana de enero de 1919, la masacre de Patagonia año 1921, Guleguaychú, Berisso, Avellaneda, Mendoza y muchos otros casos que sería largo enumerar."⁸³

Debemos cuidarnos de interpretar ese testimonio sólo en términos de incorporación de la clase trabajadora. Fragmentos tales reflejan por cierto claramente un anhelo de progreso social sin el dolor de la lucha de clases, deseo de estabilidad y rutina en comparación con la arbitrariedad y la impotencia características del periodo anterior. Sin embargo ese anhelo podía coexistir, según veremos, con un reconocimiento de que en realidad no había armonía. Más aún, la roca sobre la cual esas actitudes se sustentaban —lo que les confería credibilidad tanto a ellas como a la retórica oficial que las reflejaba— era la sensación de haber recobrado la dignidad y el respeto propio. Una y otra vez ese factor parecía ponerse en primer plano como significado social irreductible y mínimo de la experiencia peronista a juicio de los trabajadores. Enrique Dickmann, cumplidos los 80 años de edad y con más de 50 años como militante y dirigente del Partido Socialista, intentó por fin, no sin renuencia, reconocer lo que había significado el peronismo para la clase trabajadora:

"Yo he conversado con muchos obreros en la Capital y en el interior y cada uno dice: 'Ahora soy algo, soy alguien'. Y yo pregunté a un obrero su opinión y en su ingenua simplicidad me dijo esto: 'Para que usted comprenda el cambio producido le diré que cuando

con el antiguo Departamento de Trabajo teníamos alguna cuestión que dirimir el patrón estaba sentado y yo, obrero, parado; ahora, dice, yo obrero estoy sentado y el patrón está parado."⁸⁴

Al resumir nuestro análisis de la naturaleza de la experiencia peronista para los trabajadores argentinos en el período 1943-55 debemos empezar por señalar lo obvio: el peronismo marcó una coyuntura decisiva en la aparición y formación de la moderna clase trabajadora argentina. Su existencia y su sentido de identidad como fuerza *nacional* coherente, tanto en lo social como en lo político, se remonta a la era de Perón. El legado que dejó ese período no podía ser fácil de hacer a un lado una vez derrocado Perón. Sin embargo, el legado no era inequívoco. Su impacto sobre los trabajadores fue tanto social como políticamente complejo. Hemos sugerido, por ejemplo, que la atracción que ejerció sobre los trabajadores no puede ser reducida simplemente a un instrumentalismo básico de una clase. Hemos sugerido que prestar atención adecuada a la atracción específicamente política del peronismo permite descubrir un discurso que, no sin poner énfasis en la corrección de las desigualdades sociales y económicas, la asociaba a cierta visión de la ciudadanía y el papel de la clase trabajadora en la sociedad. Esa visión fue expresada en una retórica diferente y un estilo político particularmente atractivo para los trabajadores argentinos.

De este análisis se pueden extraer varias consecuencias. En primer término, el apoyo que los trabajadores dieron a Perón no se fundó exclusivamente en su experiencia de clase en las fábricas. Fue también una adhesión de índole política generada por una forma particular de movilización y discurso políticos. Resulta claro que las dos bases de la movilización no deben ser contrapuestas; ciertamente no deben serlo bajo la forma de la clásica dicotomía entre clases trabajadoras "vieja" y "nueva", "tradicional" y "moderna". Una retórica política exige dirigirse a necesidades de clase sentidas para tener éxito en la movilización política de los obreros, pero eso no agota la gama de sus atractivos. Según lo han observado Silvia Sigal y Juan Carlos Torre, en América Latina ha sido con frecuencia la plaza pública, antes que la fábrica, el principal punto de constitución de la clase trabajadora como fuerza política.⁸⁵

Esto plantea una cuestión relacionada con lo anterior. La clase trabajadora no llegó al peronismo ya plenamente formada y se limitó a adoptar esa causa y su retórica como el más

conveniente de los vehículos disponibles para satisfacer sus necesidades materiales. En un sentido importante, la clase trabajadora misma fue constituida por Perón; su propia identificación como fuerza social y política dentro de la sociedad nacional fue, al menos en parte, construida por el discurso político peronista, que ofreció a los trabajadores soluciones viables para sus problemas y una visión creíble de la sociedad argentina y el papel que les correspondía en ella. Este fue evidentemente un proceso complejo, que involucró para algunos trabajadores una reconstitución de su identidad y su lealtad política cuando abandonaban identidades y lealtades establecidas. La construcción de la clase trabajadora no implicó necesariamente la manipulación y la pasividad asociadas a la poderosa imagen de las "masas disponibles" formulada por Gino Germani, contra la cual se ha dirigido gran parte de lo escrito sobre el peronismo.⁸⁶ Había en juego indiscutiblemente un proceso de interacción en dos direcciones, y si bien la clase trabajadora fue constituida en parte por el peronismo, éste fue a su vez en parte creación de la clase trabajadora.

También desde el punto de vista social el legado que la experiencia peronista dejó a la clase trabajadora fue profundamente ambivalente. Es ciertamente verdad, por ejemplo, que la retórica peronista predicó y la política oficial procuró cada vez más la identificación de la clase trabajadora con el Estado y su incorporación a él, lo cual suponía, según lo sugerimos, la pasividad de dicha clase. La visión peronista oficial del papel de la clase trabajadora tendía a ser la de un idilio profundamente soporífero donde los obreros se trasladaban satisfechos de un armonioso ámbito de trabajo al hotel de veraneo provisto por el sindicato y de allí a los organismos estatales que resolverían sus problemas personales y sociales. Más allá del Estado, el propio Perón sería la garantía última de esa visión.

Análogamente, el movimiento sindical emergió de este período imbuido de un profundo espíritu reformista. Éste se fundaba en la convicción de que era preciso alcanzar una conciliación con los empleadores y satisfacer las necesidades de los afiliados mediante el establecimiento de una relación íntima con el Estado. Esa relación suponía un compromiso, por parte de los dirigentes sindicales, con el concepto de controlar y limitar la actividad de la clase trabajadora dentro de los límites establecidos por el Estado y servir como conducto político hacia esa misma clase. En este sentido, puede

considerarse que el peronismo desempeñó un papel profiláctico al adelantarse al surgimiento de un gremialismo activo y autónomo.

Sin embargo, la era peronista también legó a la clase trabajadora un sentimiento muy profundo de solidez e importancia potencial nacional. Por añadidura, la legislación laboral y de bienestar social representó en su conjunto una realización en gran escala en lo que concernía a derechos y reconocimiento de la clase trabajadora; una realización que reflejaba movilización de los trabajadores y conciencia de clase y no simplemente aceptación pasiva de la largueza estatal. El desarrollo de un movimiento sindical centralizado y masivo—cualquiera que fuese la medida en que contara con el apoyo y la supervisión del Estado— confirmó inevitablemente la existencia de los trabajadores como *fuerza social* dentro del capitalismo. Esto significaba que en el nivel del movimiento gremial, y por más que una cúpula cada vez más burocratizada actuara como vocero del Estado, los intereses de clase conflictivos se manifestaban realmente y los intereses de la clase obrera eran en verdad articulados. El punto hasta el cual podía confiarse en que la integración de los sindicatos al Estado peronista sería capaz de asegurar la aceptación de políticas inconvenientes para los trabajadores siempre tenía un límite. En general, el sindicato cumplía con notable fidelidad su función para el Estado, pero en cambio éste, lo cual significaba fundamentalmente el propio Perón, debía ceder al menos la base mínima para un trueque. La relación no era de decreto, sino más bien de trato que se debe negociar.

Análogamente, el peso de una filosofía formal de conciliación y armonía de las clases, una filosofía que ponía de relieve valores decisivos para la reproducción de las relaciones sociales capitalistas, era considerable. Por otro lado, la eficacia de tal ideología estaba limitada, en la práctica diaria, por el desarrollo de una cultura que afirmaba los derechos del trabajador dentro de la sociedad en general y el sitio de trabajo en particular.

El peronismo aspiraba a lograr una alternativa hegemónica viable para el capitalismo argentino, quería promover un desarrollo económico basado en la integración social y política de la clase trabajadora. En este sentido, son acertadas las comparaciones del peronismo con el *New Deal* de Roosevelt y con el desarrollo del capitalismo bajo un Estado benefactor en Europa occidental después de 1945; en distintos grados, todos esos sistemas proclamaron los "derechos civiles econó-

nicos" de la clase trabajadora, a la vez que confirmaban, y ciertamente fortalecían, la continua existencia de las relaciones de producción capitalistas. Sin embargo, a la vez el peronismo se definió a sí mismo en un sentido importante, y también fue definido así por su electorado obrero, como un movimiento de *oposición* política y social, como una negación del poder, los símbolos y los valores de la élite dominante. En un sentido fundamental, siguió siendo una voz potencialmente herética, que daba expresión a las esperanzas de los oprimidos tanto dentro como fuera de la fábrica, como reclamación de dignidad social y de igualdad.

Las tensiones resultantes de ese legado ambiguo fueron considerables. En último término podría decirse que la principal de ellas se centró en el conflicto entre el significado del peronismo como movimiento social y sus necesidades funcionales como forma específica del poder estatal. En relación con este punto, hablar del peronismo como movimiento monolítico más bien oscurece que esclarece. Para aquellos que aspiraban a posiciones de poder en la burocracia administrativa y la maquinaria política, el peronismo estaba encarnado en un conjunto de políticas e instituciones formales. Para los empleadores que habían apoyado a Perón, se trataba de una jugada riesgosa: un mercado interno expandido, incentivos económicos brindados por el Estado y una garantía contra la toma de los gremios por la izquierda, en cambio de lo cual debían aceptar una clase obrera de poder institucional mucho más grande y consciente de su propio peso. Para algunos sectores de la clase media, el peronismo tal vez representara mayores oportunidades de empleo en el sector estatal, ampliado. Para la masa obrera que respaldaba a Perón, las políticas sociales formales y los beneficios económicos eran importantes, pero no agotaban el significado del peronismo. En un sentido más duradero, acaso éste significara para ellas la visión de una sociedad más digna en que se les reconocía un papel vital, visión expresada en un lenguaje que eran capaces de comprender. También suponía una cultura política de oposición, de rechazo de todo cuanto había existido antes en lo político, lo social y lo económico, y un sentimiento de blasfemia contra las normas de la élite tradicional y la estima en que ésta se tenía a sí misma.

A todo eso, para quienes controlaban el aparato político y social del peronismo esa cultura de oposición era un peso muerto, pues indicaba la incapacidad del peronismo para ofrecerse como opción hegemónica viable para el capitalismo

argentino. Reconocían el potencial de movilización inherente a la adhesión de la clase obrera al peronismo y lo utilizaban en la mesa de regateo donde se medían con otros pretendientes al poder político, lo cual equivalía a una suerte de táctica *après moi le déluge*. Finalmente, empero, debieron reconocer que era como cabalgar un tigre. Sin duda alguna, las fuerzas económicas y sociales que prevalecían en la sociedad argentina, que inicialmente habían debido tolerar el peronismo, reconocieron a principios de la década 1950-60 el peligro inherente a aquella ambivalencia. Pero desde el punto de vista del peronismo en cuanto movimiento social, ese elemento de oposición representó una enorme ventaja, puesto que le confirió una base dinámica que sobreviviría largo tiempo después de que condiciones económicas y sociales particularmente favorables se hubieran desvanecido y que ni siquiera la creciente esclerosis de diez años de servilismo y corrupción pudieron socavar. En ese substrato se nutrió la actitud de los militantes de base que ofrecieron resistencia a los regímenes posteriores a 1955 y tuvo fundamento la reafirmación del peronismo como fuerza dominante en el movimiento obrero argentino.

NOTAS

¹ Los antecedentes militares del golpe de 1943 se encuentran en Robert Potash: *The Arm and Politics in Argentina, 1928-1945*, Yrigoyen to Peron, Stanford, 1969 (hay trad. cast.). Un análisis general de la era 1943-55 hay en Peter Waldmann: *El peronismo, 1943-55*, Buenos Aires, 1981. La evolución de los hechos en el campo laboral está en Samuel L. Baily: *Labor, Nationalism and Politics in Argentina*, New Brunswick, 1967 (hay traducción, Hispamérica) y en Hugo del Campo: *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, 1983.

² Los intereses económicos de la élite rural fueron protegidos por el tratado Roca-Runciman de 1933, que garantizó el continuo acceso de carne argentina a los mercados británicos a cambio de concesiones importantes en favor de las importaciones británicas por la Argentina. En definitiva ese tratado aseguró el mantenimiento de la Argentina en la posición que tradicionalmente ocupaba en la esfera británica de la economía internacional y como tal fue denunciado por los nacionalistas y otras fuerzas. Véase Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero: "Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina, 1930-40", *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, vol. 1, Buenos Aires, 1972.

³ Cifras calculadas sobre la base de datos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en *El desarrollo económico*

en la Argentina. Buenos Aires, 1959, citado en Miguel Ángel García: *Peronismo: desarrollo económico y lucha de clases*, Llobregat, 1979, pág. 54.

⁴ Esto culminó en 1943, cuando a las exportaciones manufacturadas no tradicionales les correspondió alrededor del 19,4 por ciento del total de exportaciones. Se ha estimado que en los años de la guerra esta evolución encabezada por la industria determinó la creación de unos 180.000 puestos de trabajo. Véase Juan José Llach: "El Plan Pinedo de 1940: su significación histórica y los orígenes de la economía política del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 23, nº 92, 1984, págs. 515-58.

⁵ García: *Peronismo*, pág. 62.

⁶ Gino Germani: *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, 1962, pág. 307.

⁷ Rubén Rotondaro: *Realidad y cambio en el sindicalismo*, Buenos Aires, 1972, pág. 128.

⁸ Alejandro Bunge: *Una nueva Argentina*, Buenos Aires, 1940, pág. 372.

⁹ Un análisis detallado de las divisiones internas dentro del gremialismo organizado correspondiente a este período hay en Hiroshi Matsushita: *Movimiento obrero argentino, 1930-45: sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1983, y en David Tamarin: *The Argentine Labor Movement, 1930-40: a study in the origins of Peronism*, Albuquerque, 1985.

¹⁰ Véase Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero: "El movimiento obrero en los orígenes del peronismo", *Estudios*, pág. 80.

¹¹ Los antecedentes personales de Perón y sus ideas pueden encontrarse en Joseph Page: *Perón: a biography*, Nueva York, 1983. Un análisis de la política obrera de Perón y el impacto que tuvo en 1943-45 hay en Walter Little: "La organización obrera y el Estado peronista", *Desarrollo Económico*, vol. 19, nº 75, 1979, págs. 331-76.

¹² Los antecedentes de los episodios de octubre están en Félix Luna: *El 45, crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, 1969.

¹³ Véase Louise Doyon: "El crecimiento sindical bajo el peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 15, nº 57, 1975, págs. 151-61.

¹⁴ Véase Louise Doyon: "Conflictos obreros durante el régimen peronista, 1946-55", *Desarrollo Económico*, vol. 17, nº 67, 1977, págs. 437-73.

¹⁵ Véase Juan Carlos Torre: "La caída de Luis Gay", *Todo es Historia*, vol. 8, nº 89, 1974. Uno de los últimos símbolos de la autonomía laborista fue Cipriano Reyes, el líder de los obreros de la carne, quien permaneció en el Congreso como diputado laborista hasta 1948, año en que su mandato expiró. Entonces Perón lo hizo encarcelar y Reyes permaneció cautivo hasta el fin del régimen. Acerca del laborismo véase Cipriano Reyes: *¿Qué es el laborismo?*, Buenos Aires, 1946.

¹⁶ Véase Rotondaro: *Realidad y cambio*, cap. 4. La Fundación Eva Perón, creada por ley del Congreso, era totalmente controlada

por Eva Perón. Actuaba como poderosa maquinaria de dispensar favores y distribuir recursos de bienestar social.

¹⁷ CEPAL: *El desarrollo económico*, págs. 122 y sigs.

¹⁸ Véase en Jorge Abelardo Ramos: *Historia del stalinismo en la Argentina*, Buenos Aires, 1974, un relato de tono altamente crítico. Una versión oficial comunista hay en *Esbozo de la historia del Partido Comunista argentino*, Buenos Aires, 1947. Véase también Rubens Iscaro: *Historia del movimiento sindical*, vol. 1. Bs. As., 1974.

¹⁹ Ejemplos de este enfoque hay en Germani: *Política y Sociedad*; Rodolfo Puiggrós: *El peronismo: sus causas*, Buenos Aires, 1965, y Alberto Belloni: *Del anarquismo al peronismo*, Buenos Aires, 1960. Un examen crítico de algunos de los supuestos básicos hay en Walter Little: "The popular origins of Peronism", en David Rock, comp.: *Argentina in the Twentieth Century*, Pittsburgh, 1975.

²⁰ Un estudio sobre esa bibliografía revisionista se encuentra en Ian Roxborough: "Unity and diversity in Latin American history", *Journal of Latin American Studies*, vol. 16, parte 1, 1984, págs. 1-26. Las interpretaciones revisionistas no fueron aceptadas sin discusión. En su último aporte al debate sobre los orígenes del peronismo, Gino Germani reafirma sus argumentos básicos acerca del peso de los nuevos migrantes en la formación del peronismo y la importancia de las pautas culturales psicosociales tradicionales. Véase al respecto "El rol de los obreros y los migrantes internos en los orígenes del peronismo", *Desarrollo Económico*, vol. 13, n° 51, 1973, págs. 435-88. Comentarios críticos sobre este punto hay en Tulio Halperin Donghi: "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, vol. 15, n° 56, 1975, págs. 765-81.

²¹ Gareth Stedman Jones: "Rethinking Chartism", *Languages of Class: studies in English working class history*, Cambridge, 1984, pág. 97.

²² Acerca del Partido Radical véase David Rock, *Politics in Argentine, 1890-1930: the rise and fall of radicalism*, Cambridge, 1975 (hay trad. cast.).

²³ El reconocimiento por Perón de la importancia de la herencia yrigoyenista está en Félix Luna: *El 45: crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, 1969, pág. 205 y *passim*.

²⁴ El término fue acuñado por el historiador nacionalista José Luis Torre, y llegó a ser ampliamente utilizado en la bibliografía nacionalista y opositora de la época.

²⁵ Una historia política de la década 1930-40 hay en Alberto Ciria: *Parties and Power in Modern Argentina, 1930-46*, Albany, 1969 (hay trad. cast.). Ejemplos de los mecanismos específicos del fraude pueden verse en Félix Luna: *Alvear*, Buenos Aires, 1958.

²⁶ Véase Norberto Folino: *Barceló, Ruggierito y el populismo oligárquico*, Buenos Aires, 1966.

²⁷ Un relato de ese proceso de corrupción es expuesto en Luna: *Alvear*, págs. 196-234.

²⁸ Ibid., pág. 232.

²⁹ El Laborista, 24 de enero de 1946, citado en Dario Cantón. *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*. Bs. As., 1972, pág. 227.

³⁰ El tema de las distintas categorías de derechos asociados con un concepto evolutivo de ciudadanía es analizado por T. H. Marshall: *Citizenship and Social Class*, Londres, 1947. Marshall distingue entre derechos civiles y políticos asociados con la democracia formal y la gradual ampliación de este concepto de ciudadanía hasta incluir en él los "derechos sociales". Un bosquejo y una crítica de ese concepto hay en Anthony Goddens: "Class divisions, class conflict and citizenship rights", *Profiles and Critiques in Social Theory*, Berkeley, 1982. Un intento de elaborar esos conceptos en el caso de los países en desarrollo hay en Gino Germani, "Clases populares y democracia representativa en América Latina", vol. 2, n° 2, 1962, págs. 23-43.

³¹ El comentario del político conservador Marcelo Sánchez Sorondo sobre los discursos de Alvear podría extenderse con razón a los pronunciados por los políticos de la Unión Democrática: "Sus discursos parecían arrancados de una antología o de lugares comunes democráticos." Citado en Ciria, *Parties and Power*, pág. 128. Véase también Luna: *El 45*, págs. 108 y sigs., un examen de la retórica del antiperonismo en 1945-46.

³² Luna: *El 45*, pág. 206.

³³ Citado en Carlos Fayt: *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, 1967, pág. 143.

³⁴ Citado en Luna: *El 45*, pág. 192.

³⁵ Véase *Primera Plana*: "Historia del peronismo", 31 de agosto de 1965.

³⁶ Julio Mafud: *Sociología del peronismo*, Buenos Aires, 1972, pág. 107.

³⁷ Véase lo dicho por Rock, *Politics in Argentina*, pág. 59: "Como lo ilustran las actividades de los comités, los radicales confiaban mucho en las medidas paternalistas. También en este caso, la principal ventaja residía en que el método podía servir para desintegrar los lazos que separaban al grupo de interés porque atomizaba al electorado e individualizaba al votante".

³⁸ Los principales discursos que pronunció Perón en esta era fueron reunidos y publicados en Juan D. Perón: *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, 1957.

³⁹ Guita Grin Debert, en *Ideología e populismo*, San Pablo, 1979, presenta un interesante análisis de los roles de los individuos, las clases y el Estado en diferentes formas de discurso populista. Su análisis de la retórica populista quintaesencial de un líder populista como Adhemar de Barros permite establecer un instructivo contraste con el discurso político de Perón.

⁴⁰ El principal grupo que influyó sobre el peronismo fue la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), constituida principalmente por intelectuales radicales disidentes. Si bien su influencia política fue limitada, el status de algunos intelectuales que militaban en ella, como Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche,

Luis Dellepiane y otros, fue considerable. "Cipayo" significaba literalmente soldado nativo enrolado en el ejército británico en la India e implicaba instrumento servil de una potencia colonial. Que la referencia fuera tomada directamente de la historia colonial británica denotaba a las claras que la Argentina, gobernada por su elite tradicional estaba al servicio de los intereses británicos no menos que la India colonial.

⁴¹ Véanse en Llach: "El Plan Pinedo de 1940", diferentes respuestas políticas al problema de la industrialización.

⁴² Milciades Peña: *El peronismo, selección de documentos para la historia*, Buenos Aires, 1973, pág. 10.

⁴³ Stedman Jones: *Languages of Class*, pág. 96.

⁴⁴ Véase, por ejemplo, Juan D. Perón: *Doctrina peronista*, Buenos Aires, 1973, págs. 51-83.

⁴⁵ Luis Franco: *Biografía patria*, Buenos Aires, 1958, pág. 173.

⁴⁶ Eduardo Colom: *17 de octubre, la revolución de los descamisados*, Buenos Aires, 1946, págs. 106-7.

⁴⁷ Un estudio de temas como el tango hay en Judith Evans: "Tango and popular culture in Buenos Aires", trabajo sin publicación presentado ante la conferencia de la American Historical Association, Washington, 1958. Un análisis del subtexto del discurso peronista, tal como lo expresa el discurso pronunciado por Perón el 17 de octubre, se encuentra en Emilio de Ipola: "Desde estos mismos balcones", *Ideología y discurso populista*, Buenos Aires, 1983.

⁴⁸ Colom: *17 de octubre*, pág. 107.

⁴⁹ Del diario socialista *La Vanguardia*, citado en Ángel Perelman: *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, 1961, pág. 78.

⁵⁰ Véase Anson Rabinach: "Bloch's Theory of fascism", *New German Critique*, primavera de 1977.

⁵¹ Pierre Bourdieu: *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, 1977, pág. 178.

⁵² Citado en Manuel Gálvez: *En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, 1955, pág. 79.

⁵³ Ernesto Goldar: "La literatura peronista", en Gonzalo Cárdenas y otros: *El peronismo*, Buenos Aires, 1969, pág. 151.

⁵⁴ Así, 25 de octubre de 1970.

⁵⁵ Perelman: *Cómo hicimos el 17 de octubre*, pág. 12.

⁵⁶ Mafud: *Sociología del peronismo*, pág. 107.

⁵⁷ Véanse por ejemplo los clásicos tangos de Discépolo "Qué vachaché" y "Yira, yira". Temas similares pueden encontrarse en otras expresiones de la cultura popular de las décadas 1920-30 y siguiente, como el teatro del grotesco. Véanse Noemi Ulla: *Tango, rebelión y nostalgia*, Buenos Aires, 1967; Norberto Galaso: *Discépolo y su época*, Buenos Aires, 1967; Gustavo Sosa Pujato: "Popular culture", en Ronald Dockhart y Mark Falcoff: *Prologue to Peron: Argentina in depression and war*, Berkeley, 1975.

⁵⁸ Del tango de Discépolo "Qué vachaché". La letra figura en Osvaldo Pelletieri: *Enrique Santos Discépolo: obra poética*, Buenos Aires, 1976, pág. 80.

⁵⁹ Véase Julio Mafud: *La vida obrera en la Argentina*, Buenos Aires, 1976, pág. 241.

⁶⁰ La frase es de Osvaldo Pelletieri, en *Discépolo*, pág. 63.

⁶¹ Jacinto Cimazo y José Grunfeld: *Luis Danussi en el movimiento social y obrero argentino*, Buenos Aires, 1976, pág. 93.

⁶² *Ibid.*, pág. 86.

⁶³ Perelman: *Cómo hicimos el 17 de octubre*, pág. 12.

⁶⁴ Véase del Campo: *Sindicalismo y peronismo*. También ofrece interés Ricardo Gaudio y Jorge Pilone: *Estado y relaciones obrero-patronales en los orígenes de la negociación colectiva en Argentina*, CEDES, Estudios Sociales, n° 5, Buenos Aires, 1976.

⁶⁵ Cimazo y Grunfeld: *Luis Danussi*, pág. 103. Véase también Tamarin: *Argentine Labor Movement*, en especial el capítulo 7. Tamarin subraya la importancia de la actividad de organización de los comunistas, que penetró más allá de los límites de los sectores tradicionalmente organizados de la clase trabajadora, si bien señala que el aumento de la afiliación sindical a fines de 1930-40 y comienzos de la década siguiente apenas si logró mantener el ritmo del aumento de la fuerza laboral o consiguió penetrar en las zonas de mayor expansión industrial.

⁶⁶ Entrevista con Ramiro González, Rosario, noviembre de 1976.

⁶⁷ Entrevista con Lautaro Ferlini, Buenos Aires, noviembre/diciembre de 1976.

⁶⁸ Bourdieu, *Outline*, pág. 170.

⁶⁹ De acuerdo con Félix Luna, esta palabra fue empleada por primera vez por los socialistas en su diario, *La Vanguardia*, para mencionar a los partidarios de Perón. En Luna: *El 45*.

⁷⁰ Véase Julie M. Taylor: *Eva Peron: the myths of a woman*, Chicago, 1979. La biografía más completa de Evita es la de Nicholas Fraser y Marysa Navarro: *Eva Perón*, Nueva York, 1981.

⁷¹ Lo señala Dario Cantón en Fayt: *La naturaleza del peronismo*, pág. 343.

⁷² José Gobello: *Diccionario lunfardo y otros términos antiguos y modernos usados en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1975. La excepción consistía en el empleo de "negra" o "negro" como término de afecto, usado por los pobres, entre hombre y mujer.

⁷³ Luna: *El 45*, pág. 350.

⁷⁴ Citado en Perelman: *Cómo hicimos el 17 de octubre*, pág. 78.

⁷⁵ La frase es de Leopoldo Marechal: "Era la Argentina invisible que algunos habían anunciado literariamente sin conocer ni amar sus millones de caras concretas y que no bien las conocieron les dieron la espalda". Véase Elbia Rosbaco Marechal: *Mi vida con Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, 1973, pág. 91.

⁷⁶ Luna: *El 45*, pág. 350.

⁷⁷ Acerca del concepto de contrataeatro véase E. P. Thompson: "Eighteenth-century English society", *Social History*, mayo de 1978.

⁷⁸ Luna: *El 45*, pág. 397.

⁷⁹ Citado en Mónica Peralta Ramos: *Etapas de acumulación y*

alianzas de clase en la Argentina, 1930-1970, Buenos Aires, 1972, pág. 120. En lo que se refiere a la ideología justicialista, véase Alberto Ciria: *Perón y el justicialismo*, Buenos Aires, 1974.

⁸⁰ Peralta Ramos: *Etapas de acumulación*.

⁸¹ Servicio Internacional de Publicaciones Argentinas: *Emancipation of the Workers*, Buenos Aires, 1952, págs. 27-30.

⁸² Goldar: "Literatura peronista", pág. 155.

⁸³ Citado en Darío Cantón: *El parlamento argentino en épocas de cambio, 1890, 1916 y 1946*, Buenos Aires, 1966, pág. 168.

⁸⁴ *Argentina de hoy*, agosto de 1953.

⁸⁵ Silvia Sigal y Juan Carlos Torre: "Reflexiones en torno a los movimientos laborales en América Latina", en Rubén Katzman y José Luis Reyna, comps.: *Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina*, México D. F., 1969, pág. 145.

⁸⁶ El concepto de "disponibilidad" se presenta en muchas de las obras principales de Germani. Véanse en especial *Política y sociedad* y "Clases populares y democracia representativa". Si bien me parece que las críticas de éste y otros conceptos de la obra de Germani en cuanto a sus significados de pasividad y manipulación se justifican, la obra de Germani contiene, sin embargo, muchas intuiciones fundamentales, acerca de la especificidad y peculiaridad de un movimiento como el peronismo, que concuerdan con la orientación general de lo argumentado en este capítulo. En particular, creo que su insistencia en el carácter excepcional del peronismo como forma de movilización política a mi juicio sigue siendo válida. Su insistencia en que esto debe ser entendido en el marco de una dicotomía tradicional/moderno me parece tan errónea como innecesaria, punto que sagazmente señala Tulio Halperin Donghi en "Algunas observaciones".